

# REVISTA EUROPEA.

Núm. 134 DE SETIEMBRE DE 1876.

Año III.

## EL MARQUÉS DE TORRECUSO.

### IV.

Con ser tan ejecutiva la victoria de los españoles en Fuenterrabía, era el número de ellos tan exíguo y las dificultades para moverse tan grandes, que sus generales debieron renunciar á toda operacion ofensiva al otro lado del Bidasoa. A pesar de la diferencia de bajas en uno y otro ejército, el frances, con sólo mantener los puestos que entónces cubrían su frontera, todos fortalecidos por el arte y más todavía con la presencia de tantas tropas como el ánsia de la invasion y la esperanza del éxito habían atraído á Guipúzcoa, quedaba lo suficientemente respetable para imponer al nuestro y vedarle la entrada en su territorio.

Así es que acabada aquella faccion por tantos títulos memorable, el Almirante se volvió á Madrid, el marqués de los Velez á Navarra, y fué disuelto el ejército, retirándose una parte de los tercios nuevamente organizados y acudiendo los viejos á donde los llamaban nuevas atenciones de la guerra. Eso produjo á veces alarmas en la costa y la frontera, y las fuerzas del país vasco-navarro debieron moverse de un punto á otro, segun la direccion que los franceses imprimían á sus amenazas; pero al año siguiente el Gobierno podía con esas mismas fuerzas atender á la organizacion de un nuevo ejército que acudiese á neutralizar los progresos que el enemigo hacia en el otro extremo de la frontera pirenaica.

El marqués de Torrecuso recibió entónces orden de trasladarse á Perpignan al lado de Espínola, marqués de los Balbases é hijo y discípulo del conquistador de Breda. Este debía mandar el ejército de Cantabria dirigido á recuperar la plaza de Salses que acababa de caer en poder de los franceses, y Torrecuso le serviría con el cargo mismo de Gobernador de las armas con que había servido en el de Navarra.

Antes, sin embargo, de que se decidiera su destino al Rosellon y ántes, en nuestro concepto, de que se apelase á la pericia del de los Balbases, ocupado en el gobierno de las provincias lombardas, se pidió á Torrecuso informe de las fuerzas que, á su parecer, serían necesarias para obrar con eficacia en la frontera de Cataluña. Tal era el concepto, y no

debiéramos repetirlo, que merecía por su talento militar y su experiencia en los consejos de la Corona.

Hé aquí la Real orden pidiéndole el que ya urgía por el aspecto que iba presentando la agresion francesa en los Pirineos Orientales:

«El Rey.—Marqués de Torrecuso de mi Consejo de Guerra, Gobernador de las Armas del Reyno de Navarra. Siendo de mi servicio saver con toda noticia y particularidad lo que se podrá obrar este año por la frontera de Cataluña, he querido ordenaros y mandaros como lo hago me ymformeis que ynfantería y cavallería será necesaria para entrar en Francia por aquella parte, refiriendo el número y calidad de cada género y tambien la que sera menester de uno y otro para la defensiva ó ofensiva, las precauciones que se tuvieren por precisas y la forma en que se hubiese de executár en ambos casos lo que combenga, de manera que con claridad y distincion me deis vuestro parecer sobre todo, declarando lo que fuese forçoso yr disponiendo en qualquiera de los dos intentos para que entendido lo que seos offreziese en la materia tome la resolucion que combenga. De Madrid A 3 de Febrero de 1639.—Yo el Rey.»

La respuesta del Marqués, toda de su puño y letra, decía así:

«Señor: Deseara yo saber mucho, y valer muchísimo para acquirir á todo lo que V. M. me manda.—Sirbese V. M. le digha con toda noticia—y particularidad, lo que se podría obrar—este año por la frontera de Cataluña—y la calidad—y cantidad de Infanteria y Cavalleria fuera necesario para entrar—en Francia por aquella parte.—Digho Señor que ni é stado; ni sirbido en Cataluña; eque pueda estar enterado de lo que se podría obrar—y sibien con su Rey no sa dablar á bughàs (á oscuras)—no obstante esso por obedecer—en la parte que alcanço a lo que por S. R. carta me hordena—dire dos cosas—La una es que defrente deve detener hoy fortificado el enemigho—Las entradas en françia—que estaban quando se intento lo de la Sochata—que si para ganar aquella plaça no bastaron 6.000 Infantes y 1.000 cavallos con que se entro—aeste respetto seran menester per qualquiera façion 15.000 Infantes y dellos 4.000 soldados viexos—y 1.500 cavallos eque seppan ser hombres deacavalllo—proporcionando Lartig.<sup>a</sup> (la artillería) á la Infantería y Cavalleria—Lo otro es sup. V. M. lo que me se pregunta—mandar se pregunte al capi-

\* Véase el número anterior, pág. 321.

»tan General ha de haçer sèmpresa—eque haviendo  
 »de correr per su quenta—la façion—y lo neçesario  
 »para ella—habra mirado y considerado—lo que po-  
 »dra azer—y para azerlo pidira lo neçesario y con  
 »esso quando no pueda bien—lo que emprende—no  
 »tan solamente la culpa sa de dar á la fortuna—esto  
 »es lo que puedo decir tocante á lo de Cataluña—á  
 »lo deste Reyno y Provincia assi per la defençiva—  
 »como offençiba buelvo á rimittirme—á la consulta  
 »que hiçe en la Junta que de horden de V. M. hiço  
 »el Marques de los Velez—en 22 y 23 de Henero  
 »cuyo traslado abra embiado á V. M. cquya C. R.  
 »Persona gde Dios como la Christiandad ha menes-  
 »ter. Pamplona 31 Henero 1639—El Marques de  
 »Torrecuso.»

Por este escrito podrá colegirse lo que haya de cierto en los discursos á lo Tito Libio que el obispo de Palafox y el P. Moret ponen en los labios del Torrecuso en los consejos de guerra celebrados para el socorro de Fuenterrabía en el campo del Almirante de Castilla.

No mucho despues, y cuando Torrecuso iba y venía de Navarra á Guipúzcoa y de Guipúzcoa á Navarra, acompañando siempre al marqués de los Velez, de quien le costaba mucho al Gobierno separarle por lo que se observa, hasta con extrañeza, en el código; recibió nuestro héroe la comunicacion que inmediatamente vamos á copiar. ¿Irian sus gravísimas prevenciones dirigidas al servicio del ejército de Navarra ó al de Cataluña, cuya formacion debía estarse ya preparando? No está claro su sentido en este punto, pero á lo ménos debemos presumir que el conde de Santa Coloma entónçes, y poco despues el marqués de los Balbases, recibirían las mismas instrucciones que Torrecuso. Ellas ofrecen, con el juramento de los fueros en 1634, el motin de los segadores y la traslacion á Gerona de la Audiencia de Barcelona, la clave para reconocer el verdadero origen de los movimientos de Cataluña en el año siguiente, movimientos que precipitaron la decadencia de España hasta hundirla en el profundo abismo de que sólo despues de sesenta años de impotencia, de miserias y de abyeccion, inconcebible en raza tan enérgica y altanera como la nuestra, había de alzarse en hombros ya de dinastía diferente que, como jóven todavía y nueva, trataría de acreditarse.

Pero veamos la comunicacion. Dice así:

«El Rey.—Marques de Torrecuso del mi consejo  
 »de Guerra, Gobernador de las Armas del Reyno de  
 »Navarra. Por lo que importa no se desaga la gente  
 »Vieja del Exercito y la demas que ha marchando  
 »para incorporarse en el, He rresuelto encargaros  
 »como lo hago mireis mucho por su conservacion,  
 »cuydando della como de lo más principal, teniéndola devajo de cubierta y con camas, sin empeñarla

»mal proposito, pues cada hombre de esta calidad  
 »que se pierda será de grave inconbeniente porque  
 »no habrá de donde restituir la que faltare de esta  
 »gente ni con que formar otro exercito Viejo, y  
 »particularmente haveis de atender á que no se  
 »gaste de los bibres y municiones en la campaña  
 »más de lo ynescusable, porque el exercito conser-  
 »vado pueda despues de la resistencia obrar lo que  
 »conviniere, supuesto que hiran llegando de mano  
 »en mano y de dia en dia otros seiscientos ó sete-  
 »cientos napolitanos para el tercio de Don Leonar-  
 »do moles, seiscientos y cincuenta soldados Viejos  
 »de la costa de Granada, setecientos de las fronte-  
 »ras de africa, de Castilla quinientos, de las de por-  
 »tugal y más de mil y por ventura mil y quinientos  
 »del Reyno, setecientos de Valencia, todos solda-  
 »dos Viejos los mil hombres de Aragon y balencia,  
 »las Recrutas del Regimiento del conde duque de  
 »San lucar pasarán de mil infantes, y las del Mar-  
 »ques de la ynojosa de quinientos, y todo esto se  
 »malograra y se abra perdido por haverse movido  
 »la gente sin noticia precisa y yndivitable de los  
 »disignios del Enemigo y por no tenerla acomodada  
 »como aora os lo encargo y antes tengo ordenado,  
 »y así para que se reparen en algo los daños, se ha  
 »de acomodar toda la gente en casas y camas aun-  
 »que no duerman en ellas. Los dueños, sin contem-  
 »poriçar con nadie, pues es raçon que todos los de  
 »la tierra duerman en una tabla, lo qual se ha de  
 »executar aunque no vengan en ello los naturales,  
 »supuesto que con el enemigo á la frente no es  
 »tiempo de admitir réplicas ni de perder un exer-  
 »cito como el que se ha juntado, y con esto aresgar  
 »toda la provincia y españa de que estareis adver-  
 »tido para acudir al cumplimiento de lo que os to-  
 »care como lo fio del celo y atencion con que me  
 »servis. De Madrid á ocho de Marzo de 1639.—Yo  
 »el Rey.»

Quando vemos en Melo la pintura que hace, sombría y pavorosa, del estado de Cataluña al iniciarse su, aunque transitoria, funestísima separacion de aquel antiguo Principado, no puede uno ménos de vacilar en el juicio que puedan merecerle sus causas. El orgullo ingénito en aquellos habitantes, á la par que sus desconfianzas y rencores; la mal encubierta ánsia en el por entónçes omnipotente valido de vengar desaires inferidosle poco ántes en la capital del Principado; las asperidades que esto producía en la gestion gubernativa y las licencias á que daba aquello lugar en la soldadesca por un lado y por otro en el paisanaje, trajeron aquella catástrofe de irreparables consecuencias. Pero al estudiar fria y desapasionadamente la comunicacion que acabamos de ofrecer á nuestros lectores, orden, más que indebida, irreflexivamente lanzada en aquel foco de las pasiones encendidas por la guerra y las priva-

ciones y los lutos que siempre lleva consigo, hay que, sin disculpar el movimiento, que eso nunca puede aprobarse entre partes de un conjunto que sea la patria comun, ver el por qué, la causa de ese movimiento y su explosion y permanencia.

No habíamos visto en parte alguna esa orden; más; la creíamos imposible. Al leerla en el código que examinamos hoy, llénase el alma de amargura observando cómo la ignorancia y la vanidad, que ella y el inmerecido favor producen, llevan la nave de un Estado á los escollos que hacen insuperables despues caracteres que, de otro modo dirigidos, serían la salvacion y la gloria de la patria.

Pero fuera de esas consideraciones, algo prematuras quizás, sugiérenos la lectura de esa orden la idea de las inmensas dificultades que encontraría la administracion en el reclutamiento de las tropas para apreciar en tanto la comodidad y mantenimiento de las veteranas. Si era difícil y costoso y raro el poner una pica en Flandes, se conoce que no lo era poco tambien el reclutarla para la Península, segun el cuidado con que se reunían y el regalo con que se brindaba á las que se lograban allegar para la guerra encendida á las puertas mismas del Pirineo. Si no hubieran producido esas que bien pudiéramos llamar franquicias militares las deplorables consecuencias á que nos vamos refiriendo, no hallaríamos palabras bastantes para alabar al gobierno que las otorgaba, desconocidas como lo han sido en las demas edades y particularmente en la nuestra, en que se prefiere que las tropas campen al raso á dar pábulo á los desórdenes y querellas que produce un alojamiento demasiado estrecho.

Torrecuso marchó en el verano de 1639, y su llegada al Rosellon se significó por dos sucesos, importante el uno para su persona, su desavenencia con el marqués de los Balbases que ya anteriormente indicamos, y más importante todavía el otro para la patria, á la que procuró con su valor y pericia la conquista de Salses, á cuyo socorro habia volado un poderoso ejército frances. Son notabilísimas las cartas en que él participó á la corte sucesos tan trascendentales y gloriosos como la batalla y la capitulacion de aquella plaza; y si no las estampamos aquí con varias otras de contestacion del conde-duque, á no alargar este escrito, dándole proporciones que no entran en nuestro propósito, se debe, no á falta de importancia, que realmente la tienen y muy grande, ni á que no deban infundir una viva y legítima curiosidad.

Pero sin detenernos en ellas, y á pesar de su menor trascendencia, vamos sí á hacerlo en el recuerdo de un incidente, más que por lo grave, por lo original é ignoto, digno de manifestarse en estas páginas.

Con ocasion de hacerse el 29 de Diciembre un gran forraje que debería dirigir el duque de San Jorge, hijo de nuestro marqués, á la cabeza de 500 caballos y 600 infantes, se habia dispuesto que no se permitiera salir de los reales á nadie que pudiera dar aviso de tal operacion al enemigo. Habíanse presentado con la solicitud de abandonar el campamento dos catalanes con siete caballerías, y viendo que el Torrecuso les negaba la salida, acudieron al conde de Santa Coloma, quien se la concedió, fuese por ignorar las órdenes del Espínola, fuese por hacer valer su autoridad que consideraría suprema. Torrecuso manifestó á los arrieros que sólo recibiendo la orden de su inmediato jefe les franquearía la puerta; y oida aquella nueva é insistente repulsa, se presentó en el sitio de la porfia el Santa Coloma, acompañado del marqués de los Balbases. Repitió la orden, á que éste asintió, y Torrecuso hubo de trasmitirla en nombre, sin embargo, del de los Balbases, su general en jefe. Irritado Santa Coloma, insistió por dos veces en que fuese por mandato suyo; y, negándose á ello Torrecuso, fué ásperamente reprendido y arrestado. Al retirarse á la barraca del marqués de los Balbases, no oyó más el de Torrecuso; pero supo que su hijo, viendo que el Santa Coloma parecía amenazarle, se le habia puesto delante, y en el alboroto que este incidente produjera habían tambien salido de la vaina muchas espadas y agitándose en el aire.

El duque de San Jorge fué consignado al castillo de Perpiñan; y su padre, despues de haberse permitido ejercer su cargo militar el 3 de Enero de 1640 para rechazar un ataque, no realizado, con que amenazaban los franceses del ejército de socorro, y el 6 á la capitulacion de Salses, salió tambien para aquella misma fortaleza, de donde, unido á su hijo, fué á Rosas para ser embarcado en la almiranta de la escuadra y esperar las órdenes de la corte.

En ésta el escándalo hizo un eco terrible, muy desfavorable al marqués, y fué necesaria una intervencion muy eficaz por parte del conde-duque para que á ese ecc no sucediesen las providencias más severas.

Se discute el caso en Consejo pleno, y despues de cruzarse comunicaciones y cartas, de las que constan en el código las importantísimas de Olivares y Torrecuso, logran las gestiones del Valido que todos pongan en sus manos la suerte que les espera y que el Rey le autorice para disponer de ella.

Pero, ¡caso raro! el mismo dia en que Olivares expedía el laudo que vamos á presentar inmediatamente á la observacion de nuestros lectores, se celebra aquel *Corpus de Sangre* que tanta y tan preciosa habia de costar á nuestra España entre

extraordinarios sucesos y las humillaciones más degradantes.

Cuando llegase la resolución del Conde-Duque á conocimiento de las partes, ¡qué de amargas consideraciones no despertaría, qué de lamentos y de lágrimas no iría á producir en corazones tan magnánimos y almas tan generosas!

«Habiendo el Rey Nuestro Señor, Dios le guarde, dice el laudo, dado orden para que pidiendo poderes á los señores Conde de Santa Coloma y Marques de Torrecuso tratase de componer el disgusto que había pasado entre ellos, en el campo sobre Salsas á veinte y nueve de Diciembre de mill y seiscientos y treinta y nueve y embiandome estos cavalleros las cartas inclusas, y ymformandome de los mismos señores Conde y Marques, hallo que debo declarar y declaro considerandolos por tan grandes y illustres cavalleros, como son que cumplieron enteramente con su obligacion de tales con su esfuerzo valor y vizarria, y que ninguno dellos falto ni sobro al otro en ninguna destas partes satisfaciendo cumplidamente con quanto pudieron y devieron. y por esto los declaro por amigos. sin que ninguno necesite. de proponer. ni responder. ni de dar maior ni menor. Satisfacion. al otro por la ygualdad con que en todo obraron. y por no hallarse presentes para darse las manos. declaro que en primero de Julio se escrivan el uno al otro desde la parte donde estuvieren. y no antes ninguno las palabras que sean de escribir Seran.»

«He savido que el Conde Duque de San Lucar. de orden del Rey Nuestro Señor y con autoridad nuestra ha declarado sobre lo que se deve hacer en razon del disgusto que contra mi voluntad sucedió en el campo sobre Salsas a veinte y nueve de Diciembre de mill y seiscientos y treinta y nueve y quedo enteramente conforme. con la declaracion que mea Remitido. y deseoso de que se ofrezcan muchas ocasiones de mostrar quan servidor y amigo quedo de V como lo dare a entender al mundo siempre que me lleguen a las manos mostrandome no solo servidor sino fino amigo de V con toda la estimacion. que devo y le doy mi mano y palabra dello y le suplico me mande siempre en que le sirva.»

«Tambien declaro que entre el conde de santa coloma y Duque de San Jorge, no apassado ninguna. cossa. que pueda enbaraçar al uno ni al otro el ser amigos, con toda satisfacion y confiança y que assi pueden escribirse En la misma forma.»

«En Madrid a siete dias del mes de Junio de mill y seiscientos y quarenta años a las doce oras de medio dia. Juan Gaspar de Guzman.»=Sigue la rúbrica.

Cumplimentaron la orden Torrecuso y el hijo de Santa Coloma; añadiendo éste á su carta otra en

siete dias posterior, tan sentida y caballerosa que no podemos resistir al deseo de copiarla por mucho que se vaya alargando ya el presente capítulo. Dice así:

«Nuestro Señor ha sido servido de castigarme llevandose para si al Conde de Santa Coloma mi señor y mi Padre (aunque en ocasion tan gloriosa) antes que pudiese firmar la carta que aquí va en conformidad de la declaracion que de orden de Su Magestad y con autoridad de V. S. y de mi Padre habia hecho el señor Conde Duque sobre la composicion del disgusto sucedido entre ambos en el sitio de Salsas y constandome de la resignacion con que mi Padre se comprometió en manos de su Excelencia y deseando yo no faltar a ella como quien ha sucedido en todas sus obligaciones la remito a V. S. en su nombre para que siempre conste de la promptitud con que Padre y hijo nos hemos conformado con aquella declaracion ofreciendo yo la misma para quanto tocare al servicio de V. S. con estimacion y desseo muy particular de que V. S. lo experimente y me mande con seguridad de que le sere servidor. Dios guarde a V. S. como desseo en Madrid a siete de Jullio de mill y seiscientos y quarenta años, etc.—El Conde de Santa Coloma.—Sr. Marques de Torrecuso.»

## V.

Pocos dias despues de haber llegado á la corte con su hijo y celebradas las ceremonias de su reconciliacion con Santa Coloma, esto es, el 8 de Agosto, fué Torrecuso nombrado capitan general de la provincia de Guipúzcoa, debiendo presentarse inmediatamente en Zaragoza *respecto de haberse mandado que el ejército de Cantabria pasase á la vuelta de Aragon para ir al castigo de Tortosa y á lo demas que fuera menester.*

Pero nombrado capitan general del ejército de Cataluña el marqués de los Velez, que al parecer no quería gobernar las tropas sin la asistencia inmediata del Torrecuso, fué éste á desempeñar á su lado el cargo de maestro de campo general.

Se trataba de someter á obediencia el antiguo Principado, puesto en armas para resistir la autoridad real, desconocida desde el injustificado y bárbaro asesinato del conde de Santa Coloma.

Nadie que lea estos renglones dejará de conocer los sucesos de aquel movimiento insurreccional que no hace mucho calificamos, ni habrá dejado tampoco de meditar sobre ellos en el incomparable libro de D. Francisco Manuel de Melo. No vamos, pues, á recordarlos de nuevo sino en cuanto pueda á ellos referirse el código que examinamos y la accion siempre eficaz del marqués de Torrecuso, en que, como es natural, incesantemente se ocupa tan interesante manuscrito.

Pero, por lo mismo, hemos de llamar la atención de nuestros lectores hacia unas páginas, 16 nada ménos, que en ese libro se dedican á referir la batalla de Monjuich, descrita dos meses despues en Tarragona por persona muy allegada ó cliente del célebre Napolitano, si no dictada por él mismo, que es lo que más claramente aparece de su lectura y del lugar que ocupa en el códice.

A su grande interes, por narrar con los detalles más minuciosos el asalto del castillo, la muerte del duque de San Jorge y los motivos ó pretextos de la retirada de las tropas reales, añade el que nadie quizás esperará, de rectificar la version de Melo en los puntos más esenciales de su precioso libro. Aparecen tan diferentes las causas del malogro de los castellanos en el asalto de Monjuich, tan distintas las que produjeron la catástrofe del San Jorge, y queda tan ignorada la accion de Torrecuso desde el momento en que llegó á su noticia la resolucion posterior del marqués de los Velez, que bien merece que entretengamos al lector con esta, que nunca ha de considerar larga ni ménos enojosa, digresion. La ausencia de Torrecuso en el consejo de guerra celebrado la noche de la batalla queda aquí completamente desmentida; y si no sale bien parado el de los Velez al desoir la opinion de su maestre de campo general, y al rechazar los ofrecimientos de un glorioso desquite al dia siguiente, quedan en su lugar los fueros de la justicia y muy en claro la historia bastante embrollada de aquellos sucesos.

«Relacion de lo sucedido en Martorel, Monjuí, en llano de las murallas de Barcelona y retirada del Ejército á esta ciudad de Tarragona: 28 de Marzo de 1641.»

»Que Martorel se ganase por el valor de la cavalleria del Duque de San Jorge, que esté en el cielo,=» que las cumbres donde obró con ellas parecían» fuesen un mar. Y por la disposicion que hizo el» Marques de Torrecuso con la Infanteria. En esto no» hay duda. Pues cuando el Duque con su Cavalleria» y Infanteria que la hiva cubriendo y el Marques con» la Infanteria de la otra parte estaban degollando» Catalanes dentro de Martorel en la puente del Dia-» blo que dicen y en el rrio: El troço del Ejército» del Marques de los Velez un dia antes del que lleva» el Marques de Torrecuso havia salido de Villafran-» ca de Panades no peleaba—antes quien havia de» dar las ordenes sintiendo algunos la escaramuza,» que el Marques de Torrecuso tenia travada con el» Enemigo, fueron á decirle El Marques de Torrecu-» so pelea, á los que les fué respondido que no podia» ser, y que ni á las doce del dia podia llegar el» Marques de Torrecuso. Y que no era escaramuza» la que se sentia, sino rretumbaban los arcabuços» de los que disparaban en las cumbres: y viéndose» cargar el enemigo: Dexar puestos; y desde uno

»disparar tres piezas avisáronlo al marques de los» Velez, y le dijeron, el Marques ha llegado y pe-» lea, porque las piezas, es fuerza las ayan dis-» parado á su gente. Con este aviso se mando dar» las ordenes avanzase la Infanteria que se me-» prasse la Artilleria, y se acomodassen algunos pa-» sos para obrar con mayor comodidad la Cavalleria:» á la qual conforme se le dio orden se pusiese en» vatalla en el puesto que se puso, se la huviessen» dado que cargasse el Enemigo, maldito el Catalan» huviera quedado vivo, de los doce mill y más que» eran, los que tenían ocupado á Martorel, sus for-» tificaciones de fuera, puestos y cumbres. Pues ape-» nas acabadas de dar las referidas; el de Torrecuso» por una parte y por la otra el de San Jorge ganaron» á Martorel y demas puestos rreferidos, quedando» en aquella rrota degollados muchos Catalanes y de» los nuestros ni cinco: Y de consideracion sólo» muerto Don Joseph de Saravia, Theniente de Maes-» tre de Campo general, un Capitan de Infanteria del» regimiento de Oropessa; y dos soldados: y heridos» el Maestre de Campo Don Bernardino de Salazar:» Don Mutio Spadafora; Fabricio Priñano Capitanes» de Corazas y otros dos ó tres soldados de Cavalle-» ria.—Habiendose visto el Duque de San Jorge con» el Marques de los Velez, le suplico le concediesse» licencia de hir con alguna Cavalleria y Infanteria» apassar el rrio sobre San Andreu, por ver si cortan-» doles fuera á los Catalanes huidos pudiesse dego-» llarlos: estuvo rretinente el Marques en permitirse-» lo y él pertinaz en suplicarselo, quiso el Marques» de los Velez el parecer del de Torrecuso, y fué» decirle que no hallaba inconveniente en conceder-» sela.—Concediosela y se fue; se encontro con los» Catalanes rrompidos y junto con ellos cantidad de» frailes—quedaron muertos muchos y cargando los» demas se encontro con el regimiento de Mos de» Cariñan, que hiva de socorro á Martorel, peleó con» el, matole mucha gente y hizo muchos prisioneros» y á los demas les obligo á hechar las armas y á» huir por un bosque arriva donde la Cavalleria no» pudo mas obrar, con la qual la misma noche se fue» a vuscar al Marques de los Velez en las cassinas al» rededor de Martorel.»

«El dia siguiente despues de missa marchó el» Ejército a Canella y Molin de Rey, donde hizo no-» che y desde Cornella a San Filiu donde llego rren-» dido el Maestre de Campo Don Joseph Rocaverti a» cuyo cargo estava el fuerte de Menjui: Dijo al» Marques de los Velez y a Don Juan de Garay, que» en el fuerte no estaban mas que trescientos Cata-» lanes, que ni estava en defensa, ni en el havia Ar-» tilleria de la qual rrelacion, rresolvió el Marques» y Don Juan de Garay, que se encaminasse el Ejer-» cito la buelta de Menjui y se embio á llamar al» Marques de Torrecuso, y en presencia de Don

»Francisco de Alarcon, dijo el Marques de los Velez, »que practicásemos el modo juntos con Don Juan »de Garay y Duque de San Jorje, y estando Garay »con la pluma poniendo en un papel el sitio del »fuerte, se resolvió de acometelle vivamente, por »diferentes partes.—La forma fue que de catorze »tercios, se escogiessen dos mill mosqueteros y »algunas pocas picas y se formassen de ellos dos »esquadrones volantes.—Uno de ellos el Marques »de los Velez le encargo al Maestre de Campo »Conde de Tiron, el qual por la colina arriba avia de »atacar á Menjui.—El otro le entrego a Don Fernando de Rivera, que por el lado derecho por la »parte de la marina, acometiesse dicho fuerte.— »Que los siete tercios hecho una parte de ellos, en »el esquadron marchassen, por la colina arriba, de »los quales y de los Volantes se encargo el Marques »de Torrecusso, y que de los otros siete por la »parte de lo llano de Barcelona suviessen la colina »y le acometiesen por aquella parte y que la Cavalleria del Duque de San Jorje se pusiesse en »vatalla detras de unos molinos y la de las Ordenes »por el lado izquierdo en otro puesto.—Resuelto lo »referido aunque el Marques de Torrecusso no »estava con buena salud, havia muchos dias, dio »las necessarias para ello—mando se escojiese los »dos mill, para formar los Volantes, y se municionassen con la demas Infanteria—llamo todos los »Sargentos mayores y les dijo lo que importava »que en aquella primera ocasion, que nos haviamos »de ver con la gente de guerra de Barcelona se »hiciessen maravillas, y que los Capitanes animassen los soldados de sus compañías. No escucio quando se hallo todo ejecutado, pusose »acavallo el Marques de los Velez y fue paseando »los Esquadrones, animando la gente, y rrogando »a los cavos para que cumpliesen con sus obligaciones, y se volvió a su quartel.—

»Sabbado veinte y seis de Henero, mui de mañana fue a ver el Ejercito que ya estava en vatalla »para marchar y marchó con el, hasta el pie de la »colina de Menjui, hizo alto llamo al Marques de »Torrecusso a quien dijo estas palabras: Ea Marques vaya a su obra, yo me voy a este quartel »adisper lo necessario—El Duque se va con sus »tropas a la otra parte de la colina—Y se fue el »Marques de los Velez y el Duque vino a buscar a »su padre y le dijo estas palabras, mi padre como »esta V. S, no vees como estoy que estoi medio »muerto? Volvió á decirle, este VS alegre que hávemos visto missa, y es sabbado, es fuerza que »tengamos un buen dia. VS me haga dar 200 mosqueteros, para que cubran mi Cavalleria, y embiame la horden de lo que he de hazer, y voy a »poner en vatalla mis vatallones detras de los molinos—Besole la mano, y se fue por su camino,

»encaminandose por el suyo el Marques.—Y viendo »el Marques de los Velez que los siete tercios no »llegavan, de su quartel embio rrecado al Marques »por el Ayudante Don Bartolome Portillo que se »fuesse poco a poco, par dar lugar á que llegassen.—Hizo alto un poco el Marques y mientras »hiva llegando Don Fernando de Rivera con su »esquadron Volante y travado pequeñas escaramuzas.—Las mangas que había sacado el Conde de »Tiron y que hivan ganando puestos mando el »Marques de Torrecusso a los Ayudantes del theniente de Maestre de Campo General D. Gabriel de »Sossa y Damian Manzano á uno que fuese a buscar »al Duque y le digesse que inmediato veia que ya »estava con la gente a la postrera colina, adonde se »havian de encaminar los ataques al fuerte, el, con »su cavalleria se viniesse por un tal camino, señalándole qual ora, para impedir el socorro si es »que intentavan ponerle al fuerte, y al otro que »fuese á solicitar las escalas, que de veinte que se »havian hecho, de alli a tres oras no embiaron mas »que cinco, y essas llevadas de unos cavallos ligeros ni las llevaron donde havian de hir, mas en el »puesto donde estava Don Fernando de Rivera, el »qual por el Ayudante de Theniente de Maestre de »Campo General Varrientos, embio á decir que no »se fiava, obrar con aquellas escalas con la gente »que tenia en el esquadron Volante, sino venia su »tercio.—Lo cierto es que su Esquadron Volante, »era compuesto de la flor de la gente del Ejercito y »entre ellos buena parte de los de su Regimiento.— »Acavado de dar las referidas ordenes, dio la a que »se acometiesse el fuerte, y en un instante fue ganada una tenaza, que la ocupavan Catalanes, que »los vivos que quedaron de ellos, por un camino »encubierto, que havia, se fueron la buelta de Barcelona. Luego se llevo á la plaça de Armas, que »en forma de media luna tenian hecho delante del »fuerte, que en un instante quedo despejada.—

»En este interin hirieron al conde de Tiron, que »fue forçoso rretirarse, y que fue caussa que los »Hirlandeses, que antes empezaron mui valientemente a pelear, se desanimassen y acudiessen mas »a su Maestre de Campo que a pelear.—El buen Cavallero antes de retirarse pidió licencia al Marques »de Torrecusso para hacerlo, y le dijo que le pesava que quedasse tan solo alla.—Murió este cavallero de ai a dos dias. Luego el Marques de Torrecusso dio orden al Thiente de Maestre de Campo »General D. Francisco Carnero, que la diese al primer Maestre de Campo de los tercios que mas »avanzados estavan, para que se fuesse á encargar »del esquadron Volante—y toco al Maestre de Campo Don Simon Mascareñas, que cierto hizo quanto »pudo con su perssona el rrato que peleo con los »del fuerte, peleose mui bien a señas que entro

»confusion entre ellos y dejaron de disparar, y los  
 »que disparaban por encima de la torre se bajaron:  
 »Entendiendo los Maestres de Campo que estava  
 »ya ganado todo por tener parte en la faccion, sin  
 »otra orden, empezaron con sus tercios a correr a  
 »toda diligencia la buelta del fuerte—qual confus-  
 »sion causassen, no solo quien lo ha visto en seme-  
 »jantes ocassiones, mas quien tiene muy poco juicio  
 »puede considerarlo: ni vastaron las voces del Mar-  
 »ques de Torrecusso, ni las ordenes que les em-  
 »viava; Doy por testigo al Theniente de Maestre  
 »de Campo General Don Alonso de la Camara que  
 »las llevaba, no solo no las obedecieron, mas hubo  
 »quien se puso a voçear contra el mas de lo que  
 »se devia.—Gente Vissoña y mas vissoños algunos  
 »capp.<sup>es</sup> puesta en confussion juzgasse lo que se  
 »vio al rrededor de aquel fuerte. Disparavan y no  
 »savian a quien; que buena parte de los muertos y  
 »heridos, fueron muertos y heridos delos nuestros  
 »mismos.—Salio un susurro que de la puerta de San  
 »Antonio salia socorro, en esto passo palabra, Un  
 »maldito Sargento Valon, cavallería francesa viene  
 »y nos cortan fuera: Esta no fue palabra, mas hira  
 »de Dios, que empezaron a volver las espaldas, de-  
 »jando Armas y vanderas, hiriendose unos a otros  
 »con las picas y no corrian mas los soldados, que  
 »algunos cavos que los mandavan que obligavan al  
 »Marques, para que se detuviessen y tambien para  
 »que con la furia no le pussiessen devajo, poner  
 »mano a su pistola y tirarles un pistoletazo.—Como  
 »los del fuerte vieron lo que nuestra gente hizo—  
 »empezaron acargar con mosquetazos y no gritar.»

«Juzgo el Marques que aquello estava en estado,  
 »que para ganarle necesitava de Artilleria, embio  
 »por ella y a quejarse con el Sr. Marques de los  
 »Velez, que no era lo concertado lo que se havia  
 »hecho con él, pues ni las escalas se embieron, ni  
 »en cantidad ni a tiempo, ni los siete tercios se em-  
 »biaron a obrar por la parte que havian de obrar,  
 »que si hubieran hido, no solo huvieran compare-  
 »cido los treinta ó quarenta que salieron de San  
 »Antonio, la buelta del fuerte, mas ni a la puerta se  
 »hubiessen asomado perssona.—Luego dio orden el  
 »Marques de los Velez marchassen algunos quartos  
 »y medios, la buelta del fuerte y que se embiasse  
 »a llamar al Theniente de Maestre de Campo Gene-  
 »ral Don Antonio Gandolfo, que a cuidar de unos vi-  
 »veres ó enfermos le havian dejado en Martorel,  
 »que Garay mejor papel huviera hecho asistiendo al  
 »Exercito que ocupando perssona de tales partes en  
 »lo rreferido, Pidase a Don Antonio Gandolfo que  
 »dira la caussa porque se hacia tal estimacion de él.  
 »Vino Don Antonio, y el Marques de los Velez le  
 »embio sobre la colina hasta que el Marques que  
 »estaba arriva con algunos quartos y que los hivan  
 »siguiendo algunos medios. Estando en esto recivio

»un rrecado el Marques de Torrecusso del Marques  
 »de los Velez que se lo llevo el Theniente de Maes-  
 »tre de Campo General Don Alonso de la Camara  
 »que la Artillería se volviessen, pues la Infantería  
 »havia dejado los puestos: y otro rrecado vino al  
 »Marques de Torrecusso del Marques de los Velez  
 »que le truxo Don Alonso de Moscosso y era man-  
 »dasse rretirar la Infanteria en puestos seguros a  
 »estas ordenes se vajo el Marques a buscar al Mar-  
 »ques de los Velez. La Artilleria se vajo; quien fue  
 »a dar orden se vajasen la Infanteria el Maestre de  
 »Campo Don Fernando de Rivera, su Sargento ma-  
 »yor, y el sargento mayor Clemente Soriano que se  
 »hallavan alla lo podran decir.»

»Por Curiosidad se podran hacer las siguientes  
 »preguntas a los Maestres de Campo, quien les dio  
 »la orden, para hir alrededor del fuerte de Menjui  
 »con sus tercios—y desde alli quien se la dio para  
 »que se rretirassen, y á los que huieron y dejaron  
 »los puestos—que Enemigo les obligo a dejarlos y  
 »a huirse.—Por que lo cierto es, que no vieron otro  
 »Enemigo, que el frances que estava dentro del  
 »fuerte, y algunos treinta ó quarenta Catalanes,  
 »guiados de un fraile.—

»Despues de herido el Conde de Tiron se murió;  
 »quedo herido el Maestre de Campo Don Simon  
 »Mascareñas, y muerto de los nuestros mismos,  
 »(assi lo certifica el Sargento Mayor Clemente So-  
 »riano,) el sárgento mayor Don Diego de Cardenas  
 »y algunos Capitanes y Oficiales que no huian mas  
 »muertos que vivos—y por relacion del trompeta  
 »que embio el Marques de los Velez a saver del Go-  
 »bernador de Menjui, si en estos muertos estaria el  
 »hijo de Don Gonçalo Faxardo, se suppo que los  
 »que vio en aquel suelo llegarían de ochenta a  
 »ciento.—Lo rreferido es lo que sucedio en el asal-  
 »to que se dio en las fortificaciones de Menjui, y  
 »de lo rreferido soi testigo de vista y por rrelacion  
 »verdadera dire lo siguiente.»

«Este exercito esta compuesto de dos generos de  
 »cavalleria. La una llamase la de las Ordenes, cuyo  
 »Theniente General es Don Alvaro de Quiñones—  
 »La otra es la que se a juntado en Aragon, cuyo  
 »Theniente General lo era el Duque de San Jorje.—  
 »La primera tuvo orden se pusiesse en vatalla, en  
 »unas eminencias a la mano izquierda, algo aparta-  
 »da de la de el Duque—La qual se puso detras de  
 »unos molinos a lo llano de la puerta de Barcelona  
 »en paraje que unas piezas, que estavan a la media  
 »luna fuera del rastrillo, y algunos sagres que esta-  
 »van en unas torres, no pudiese ser ofendida—En  
 »este interin la cavalleria francesa mezclada con  
 »algunos cien cavallos Catalanes, formada de siete  
 »vatallones, que juntos serian seiscientos cavallos,  
 »salieron de la puerta de Barcelona y avanzandose  
 »hivan guarniziendo un estradon con Mosquateria,

»de la qual venian offendidos los vatallones del  
 »Duque—el qual hizo avanzar alguna mosqueteria,  
 »de la qual recibiendo daño la del Enemigo, fue  
 »retirandose—y precediendo orden de Don Juan  
 »de Garay dicen; y despues de su orden de dicho  
 »Don Juan, diosela en su nombre el Theniente de  
 »Maestre de Campo General, el Varon de Amatto,  
 »que no niega haversela dado, como no niega ha-  
 »ver hido a darla a Don Alonso de Quiñones que  
 »cargassen a la del Enemigo, cada uno por su par-  
 »te, obedeçienda el Duque, la embio a Filippo  
 »Feleuchier (Filangieri) para que lo hiziese con su  
 »vatallon, como lo hizo con parte de el y luego que  
 »vinieron a las manos, le mataron el cavallo, y en  
 »el suelo le hirieron de pistoletazos y de cuchilla-  
 »das.—Visto esto el Duque cargo con el suyo y  
 »obligo al Enemigo a conocida huida, el qual juz-  
 »gando los cavos que no le abririan la puerta para  
 »entrarse con ella en Barcelona, volvieron á hacer  
 »rostro y despues de haver muerto al cavo de ella  
 »por su propia mano el Duque, y por testigos de  
 »vista ocho o diez que vastante señas de ello dava  
 »la espada, que hasta espirar no dejo—y haviendo-  
 »se degollado muchos franceses fue servido Nues-  
 »tro Señor que recibiese seis pistoletazos de los  
 »vatallones franceses, que no fueron cargados, que  
 »si lo huvieran sido se huvieran mezclado con la  
 »cavalleria del Duque desordenados: los qualés ha-  
 »llando el vatallon del Duque en desorden por ha-  
 »ver peleado, les fue facil hacer sus descargas a  
 »punto fijo. Para encaminar la buelta al cielo al Du-  
 »que vastava uno de los seis pistoletazos—Dijo el  
 »duque soi muerto, llamenme un confessor: esso lo  
 »dice el Capitan Lucio Manganelo, el qual le hizo  
 »poner a la grupa de el cavallo un Ayuda de Cama-  
 »ra que le acudia—el qual dice que llevandole  
 »abrazado le pregunto si su cavalleria entrava en  
 »Barcelona y que le rrespondio hiva entrando y  
 »que el duque le dijo que no le parecia aquello  
 »modo de entrar, de este infeliz suceso, quedo  
 »aturdida la cavalleria, por ver su caveza muerto—  
 »y la del Enemigo mientras ninguno la picava, se  
 »entro en Barcelona, procuraron rrehacer nuestros  
 »vatallones—Con el ussó Nuestro Señor su miseri-  
 »cordia en dar lugar que se confesasse y assiguran  
 »todos los que le asistian que mas de una vez pre-  
 »gunto si aviamos ganado y el confessor que es el  
 »de Felippo Felanchier, dice que viendo que hiva  
 »acavando, le dijo Señor Duque le advierto que ya  
 »se muere, y otras palabras para ayuda de bien mo-  
 »rir, y que le rrespondio, Tenga de mi muerte al-  
 »gun provecho el Rey, y dandole á bessar una  
 »cruz forcejo en levantar la caveza, estando ten-  
 »dido en el suelo, y bessandola con gran devocion,  
 »al punto se fue al cielo quedando con un rostro  
 »de santo: alavado sea Dios.»=

«Por curiosidad se podrian hacer las siguientes  
 »preguntas, si tuvieron o no ambas cavallerias or-  
 »den de cargar al enemigo; si no la tuvieron pre-  
 »guntar si la de las Ordenes se movio donde estava  
 »puesta en vatallon, y si la tuvieron preguntar qual  
 »de ellas dejo de cargar al enemigo, y si el haver  
 »dejado de cargarlo, fue por haver recibido segunda  
 »orden, que ay opinion se la haya llevado el The-  
 »niente de Maestre de Campo General el Varon de  
 »Amatto, que hiciesse alto y no se emprendiese.  
 »Lo cierto es que lo ha dicho el Varon de Amatto  
 »en la forma rreferida en pressencia de algunos, y  
 »en particular en pressencia del Capitan de Cava-  
 »llos Fabricio Priñano. Segunda pregunta, mientras  
 »havia Artilleria en el Exercito, porque no avanza-  
 »ron algunas piezas, que tirassen a la media luna,  
 »rrastrillo, torres: Otra pregunta. Responda quien  
 »mandava lo de avajo, que le movio el no embiar  
 »los siete tercios, que por el otro lado havian mar-  
 »chado para atacar por la otra parte el fuerte y em-  
 »pedir el socorro, si es que intentavan ponerle en  
 »el fuerte.»=

«No eran las quatro de la tarde que estava hecha  
 »toda esta fiesta, y quando entendia el Marques de  
 »Torrecusso, que a la noche se havia de poner la  
 »Artilleria en sus puestos para el dia siguiente vadir  
 »el fuerte de Menjui, empeçosse un discurso, de  
 »retirarse el exercito, y quanto mas hiva anoche-  
 »ciendo, mas entrava el cuidado de aquartelarse—  
 »y detras del Hospitalet el Marques de Torrecusso,  
 »no obstante estar como se puede juzgar estaria,  
 »avieendosele apagado la lumbre que alumbrava su  
 »perssona y cassa.—Dijo estas palabras, haciendo  
 »señas con el dedo, Marques este Ejercito se a de  
 »poner por la noche alrededor de aquella colina, y  
 »que la Cavalleria la cubra para poder mañana obrar  
 »con ella contra el fuerte; que yo me obligo con dos  
 »mill hombres y la Artilleria, en quatro oras darselo  
 »mañana: llamo por testigo de esto a Don Antonio  
 »Gandolfo, el qual dijo al Marques de los Velez:  
 »Señor, es gran menosprecio de las Armas de Su  
 »Magestad aquartelarse en aquellos agujeros, detras  
 »del Hospitalet este Exercito—y prosiguió, aquí no  
 »veemos Enemigo, quando lo huviese que Exercito  
 »tiene para poner en cuidado al nuestro—Siguio su  
 »discurso diciendo pongamosle enfrente de vande-  
 »ras, y que la Cavalleria saque sus vatidores en or-  
 »den, que esten con cuidado y mañana resuelva V E  
 »lo que mas convenga: No por parecer de Don An-  
 »tonio Gandolfo, mas por haver sobrevenido la no-  
 »che, se hizo frente de vanderas, y dieron la orden  
 »para ello, y se fueron cada uno á su cassa en el  
 »quartel del Hospitalet. Eran mas de las ocho, que  
 »llamaron al Marques de Torrecusso que fuesse á  
 »una junta, los que concurrieron en ella hiran nom-  
 »brados al fin de esta relacion. Al Marques de los

»Velez siguiá inmediato D. Juan de Garay y el pos-  
 »trero de todos era el Marques de Torrecusso. Pro-  
 »pusso el Marques de los Velez con quatro palabras  
 »lo que se havia de tratar, remitiendose a las rrazo-  
 »nes que diria Don Juan de Garay.—En fin convi-  
 »nieron todos en que se rretirase el Exercito. Man-  
 »do el Marques de los Velez al de Torrecusso, que di-  
 »jese su voto—El qual rrespondio, que con el suyo  
 »no seria poderosso á deshacer lo que havian con-  
 »cluido quinze votos, y de perssonas de quien se te-  
 »nia tanto credito, y que supuesto esto no queria te-  
 »ner parte en ello—Quando entendio esto el Marques  
 »de los Velez dijo que se llamassen los demas cavos  
 »del Ejercito, para tomar su voto. Vino Gere de la  
 »Arena y otros tres ó quatro Maestres de Campo y  
 »de nuevo el Marques propusso lo de antes y avien-  
 »dose de nuevo remitido a Don Juan de Garay, dijo  
 »a los que no lo havian entendido lo que antes ha-  
 »via dicho, añadió que todos los demas havian vo-  
 »tado que se rretirasse el Ejercito—Respondio el  
 »Marques de Torrecusso, yo no he votado tal, y el  
 »Marques de los Velez ataxo y dijo: El Marques no  
 »ha querido dar voto, empezaron a votar los que  
 »llegaron ultimos y uniformaronse con los prime-  
 »ros, ya se levantava el Marques de los Velez y el  
 »Marques de Torrecusso dijo, Sirvase V E de escu-  
 »charme dos palabras. Ya yo se lo havia dicho, diga  
 »todo lo que le pareze. Dijole Señor Marques, yo no  
 »trato de las conveniencias del servicio de su Ma-  
 »gestad, pero como servidor de V E dire algunas de  
 »su servicio. Dijo habra V E considerado, si un Ca-  
 »pitan general despues de tomado y sitiado una  
 »plaza en España puede quitarle sin orden de su  
 »Magestad, sin ponerse a peligro de ser capitu-  
 »lado. Respondio que aquello no era haver puesto  
 »sitio y que siempre havia propuesto el servicio de  
 »su Magestad a sus conveniencias, prosiguió dicien-  
 »dole que no habria disculpa vastante a un tan mal  
 »sucesso que se siguiá, y que no vastava decir  
 »que no havia pan, pues se le preguntaria si lo  
 »havia quando pusso el sitio y quanto duro y si  
 »no lo havia porque se pusso en el. Y por lo que  
 »toca a verse acovardado el Ejercito no era ex-  
 »cussa bastante para no continuar lo empezado  
 »quanto más que pelearon bien por un rrato, y que  
 »la flaqueza que hicieron, fueron culpa de ello al-  
 »gunos cavos de Infanteria, que mandavan, que no  
 »fueron para detenerla del miedo, por la voz que  
 »corrio que la Cavalleria del frances les cortava—y  
 »lo cierto es que se apresuraron algunos cavos, mas  
 »que los mosqueteros. Dijo que el Ejercito no tenia  
 »causa de ser pertinaz en flaquear, pues no havia  
 »visto otro Enemigo que de el fuerte, que nunca  
 »surtio de el: no fue rrotto—no vio perdida la Ar-  
 »tilleria, no le offendia la de el fuerte, pues no la  
 »havia, no vio degollada un sin fin de gente, pues

»lo mas que dice quien quiere abonar la rretirada,  
 »fue decir que llegaron a ciento los muertos, que  
 »de verdad no fueron sesenta ó setenta, y la mayor  
 »parte de ellos fueron muertos de los nuestros mis-  
 »mos—y que el ejemplo lo teniamos delante de los  
 »ojos, y fue que el lunes 21 de dicho mes, que por  
 »las cumbres de Martorel se acomitio al Enemigo,  
 »que era un compuesto de doce mill y más Infan-  
 »tes, como por rrelacion del Sargento mayor, que  
 »les mandava, que le hizo prisionero el Duque de  
 »San Jorge.—Despues de rrotos no solo se huie-  
 »ron, mas el miedo les obligo á hechar a nado en  
 »el rio.—No por esso el sabbado 26 los mismos  
 »dejaron de pelear contra nuestra Cavalleria de la  
 »muralla de Barcelona. Y por lo que toca a la otra  
 »propuesta, que fue decir, que el Duque de Lui ha-  
 »via llegado ó llegaria aquella noche, con seis mill  
 »franceses y mucha Caballeria á Barcelona, pues si  
 »esso no era sino presupuesto, porque no havia  
 »ninguno que los huviese visto—que deviamos nos-  
 »otros presuponer que no havia Duque de Lui en el  
 »mundo ni franceses.—Y que por lo que toca rreti-  
 »rar el Ejercito arrefrescar a Tarragona, quedo  
 »quemado el Pais, y que de Pais quemado no havia  
 »que esperar rrefresco el Ejercito—rremato su dis-  
 »curso y dijo Señor Marques mire V E lo que hace  
 »que si V E quiere me encargo de darle mañana el  
 »fuerte de Menjui, dandome solo dos mill infantes,  
 »si esta noche se suve la Artilleria a los puestos—  
 »Fuele rrespondido que en casso que se huviese  
 »tomado, era fuerza dejarle por falta de vastimen-  
 »tos y prosiguió su discursso el Marques de Torre-  
 »cusso, dixo, para un dia, y aun pasados bien ha-  
 »vra pan y quando no lo haya, ay carne, y quando  
 »no la huviese, se a visto en Alemania, mantener-  
 »se el Ejercito con los cavallos y vorricos que mo-  
 »rian, y quando faltasse todo, la hambre por un  
 »dia no matta Añadio y despues de tomado el fuer-  
 »te, no, conviniendo, o no teniendo modo de sus-  
 »tentarle, se demoliesse, juntamente con la torre,  
 »y despues de ejecutado esto, embiar al Enemigo  
 »de adentro un trompeta, exortandole a gozar el  
 »perdon de S M. que esta con los brazos aviertos  
 »para rrecivirles, que quien save se huviera salido  
 »con el intento, supuesto las verdaderas noticias  
 »que se havian tenido de la confussion que havia  
 »dentro, por los gritos de las mugeres, y que a to-  
 »da diligencia se hechavan por la muralla los sol-  
 »dados, y quando su pertinacia huviera sido tan en-  
 »demoniada—El dia siguiente con gran des enfado  
 »podria marchar el Ejercito campeando, no, la buel-  
 »ta de Tarragona, que les habria parecido rretirar-  
 »se, mas por el camino de Girona. De lo que se hu-  
 »vieran conseguido un sin fin de conveniencias,  
 »como entrar el Ejercito en Pais fresco, que halla-  
 »ria en el mucho que comer, huvierase procurado

»reducir aquel Condado, y se hubiera dado la mano  
»con el otro Ejército, y juntos empedir la entrada  
»del francés en Barcelona y hubiera quedado sin  
»comunicacion, si no es por la parte del mar y no  
»haviendo frances en Barcelona, con facilidad se  
»hubiera reducido, lo de Lerida, y quedara cubierto  
»Aragon y Castilla.»

«Despidiose el Marques y se fue á su cassa, don-  
»de no estuvo dos oras que fue el Theniente de  
»Maestre de Campo General Don Alonso de la Ca-  
»mara a dar voces que se saliesse apriessa el vaga-  
»je, y que el Marques de los Velez ya estava a ca-  
»vallo, fue a buscarlo el de Torrecusso, que no le  
»parecia nada la rretirada, que se hizo de Borgoña  
»a Baviera, que de noche y de dia, nuestra rreta-  
»guardia, peleava con la manguardia del Duque de  
»Veymar.»

«Por curiosidad se podria preguntar, si, nuestra  
»rretaguardia vio cara de Enemigo, y si en toda la  
»marcha hubo sombra del? Segunda pregunta, si ha-  
»bria pan para uno ó dos dias estando el Ejército  
»en Menjui—y de que vivio el tiempo que passo de  
»Barcelona á Tarragona que fueron ocho dias? Ter-  
»cera pregunta, si con rretirarse con priessa el Ejer-  
»cito quedo algun poco pan en algunos lugares,  
»esso se podria preguntar al Ayudante de Maestre  
»de Campo General Ribas.—Quarta pregunta, si vino  
»pan con las galeras, y que fue la caussa no viniesse  
»antes, y si para quando havia de venir, hubo algun  
»concierto, entre el Marques de Villafranca.—Don  
»Pedro de Santa Cecilia, Don Juan de Garay y Don  
»Fernando de Tejada, y de lo que hablo el Marques  
»de Torrecusso en la junta doy por testigos—El  
»Marques de los Velez—Don Juan de Garay—Fran-  
»cisco Antonio de Alarcon—Don Alvaro de Quiño-  
»nes—Don Juan de Venavides—Don Fernando de  
»Rivera—Don Diego de Toledo—Don Luis de Con-  
»treras—Don Martin de Azlor—Don Pedro Cañave-  
»ral—Don Gonzalo Faxardo—Don Luis de Rivera—  
»Gere de la Arena—Pedro de Lissaca—Don Alonso  
»de Calatayud—Don Bernardino de Salazar—El  
»Marques de Torrecusso.»

Comparada esta version con la de Melo, obser-  
vará el lector qué de diferencias y cuán graves exis-  
ten entre una y otra. Y ¿á quién dar fe? Nosotros no  
vacilamos un punto en darla al códice, pues aun  
obrando por causa propia, es imposible que Torre-  
cuso ó su secretario adujesen argumentos y datos  
que, de no ser verdaderos, destruirían su reputa-  
cion como hombres de honor, convirtiéndose en  
falaces y calumniadores.

Es difícil hallar documento más importante para  
la historia de la sublevacion de Cataluña; la con-  
ducta de cuyos habitantes, si acredita el valor,  
por nadie puesto en duda, de ellos, revela hasta  
dónde llevan las pasiones una vez despiertas en el

pueblo; hasta llamar en su auxilio al extranjero  
para evitar el castigo, de otro modo ineludible, de  
sus rebeldias, sus demasias y crímenes.

Torrecuso recibió por la irreparable pérdida de  
su hijo la mayor recompensa que puede recibir un  
súbdito leal en todos tiempos y en ocasion tan ex-  
traordinaria y dolorosa, lenitivo único para él en su  
desgracia inmensa.

Héla aquí:

«H. Marques, nome e contentadó con menos de-  
»mostracion en la perdida que avemos hecho de  
»vuestro hijo yo y vos sino con deciroslo de mi  
»mano y aseguraros que tengo por mayor mi per-  
»dida, y que para el reparo de la vuestra me teneis  
»aquí con quanto puedo en aliento y consuelo de  
»vuestra persona y caussa esperando de vos en las  
»ocasiones que me hallo y os he menester no me  
»faltareis y assí os lo mando y fio, de Madrid á 12  
»de febrero 1644.—Yo el Rey.»

JOSÉ GOMEZ ARTECHE.

(Continuará.)

## DE LA POESÍA HERÓICO-POPULAR CASTELLANA, ESTUDIO

POR EL DOCTOR DON MANUEL MILÁ Y FONTANALS, CATE-  
DRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA.—BARCE-  
LONA, VERDAGUER (XLV-485), 1874.

B. Y C. \*

I.

Consiste la dificultad en este segundo y tercer  
punto del cuestionario, en decidir cómo se forman  
los relatos largos en la poesía épica. ¿Preceden los  
romances á las narraciones extensas, y las narracio-  
nes ó cantos épicos se formaron de romances primor-  
diales, ó son los romances modificaciones de las  
narraciones primitivas, fragmentos arrancados de  
aquellas, ó, por último, subsisten los romances dis-  
tinta y separadamente de las relaciones extensas,  
siendo los que ahora poseemos tradicion no inter-  
rumpida, más ó ménos modificada, de otros primor-  
diales anteriores y posteriores á los relatos largos?

Me permito ampliar el cuestionario de Milá, por-  
que, estudiado su libro, se presentan tres opinio-  
nes, á saber:

1.ª Los romances preceden á la narracion ex-  
tensa y sirven para su composicion.

2.ª Preceden las narraciones extensas á los ro-  
mances, que no son más que fragmentos rehechos  
de las antiguas narraciones.

\* Véase el número anterior, pág. 350.

3.ª Subsisten separada é independientemente, ya simultánea, ya sucesivamente, las narraciones extensas y los romances, existiendo entre unos y otras las relaciones que origina la influencia mutua y recíproca de los géneros y formas literarias, en la historia de una nacionalidad.

Plantear la cuestión de una ú otra manera es de sumo interés, porque se dan de antemano las relaciones y los extremos lógicos que hay que considerar. Milá restringe el caso á la historia española; pero no cabe dudar que se trata de un caso particular, y por lo tanto, se da por supuesta ó se lleva entendida la cuestión más general, á saber: ¿cuál es la ley estética á que obedece la formación y desarrollo de la poesía épica popular? Conocida esta ley general, se aplicará á España ó á Francia, y á su luz podremos fijar la importancia de las cantilenas ó de los romances, de los cantares de gesta, de los *romans* en verso, de los poemas primitivos y de los poemas eruditos.

No basta querer excluir este género de cuestiones en una discusión literaria como la que empeña el distinguido profesor. La naturaleza del asunto las trae, y el mismo Milá dice, pág. 406:

«Facilísima es la explicación del origen del cantar épico. Ocurre un hecho notable. El que se reconoce con dotes, movido de la impresión que el hecho le ha causado, deseoso de comunicarlo, lo narra á cierto número de oyentes. El narrador, que no es un simple noticiero, imprime á sus palabras cierta solemnidad y aparato. Aguijónéale la inspiración; adopta un ritmo y cierta entonación musical; da á los incidentes y circunstancias del hecho la animación y el resalto con que los percibe su acalorada fantasía. Estas son las *nuevas* cantadas, el hecho histórico, sin invenciones y ornato, pero poéticamente realizado.»

Hé aquí una teoría estética sobre el origen y formación de la poesía épica; pero yo preguntaría á mi afamado colega. ¿El hecho ha de ser contemporáneo ó tradicional? ¿Es indiferente que sea lo uno ó lo otro? ¿No existe ninguna relación entre ese hecho y la condición y estado de cultura del pueblo que se reúne para escucharlo? ¿Qué interés atrae á los oyentes? Ese narrador (que no es un simple noticiero), que es un poeta, puesto que da solemnidad y aparato á su narración, ¿se atiene á su propia inspiración, ó busca los procedimientos para dar solemnidad y aparato en la cultura estética de su pueblo y de su tiempo? ¿Esa inspiración que le aguijonea es individual, ó la comparte con los que le escuchan y conocen como él el ritmo y la entonación musical que el cantor aplica? ¿Cambia y forja, según su original inspiración, los incidentes y circunstancias del hecho poético que realiza?

Estas y otras varias cuestiones que provoca la

sencilla manera de explicar el origen de la épica por Milá, me hacen considerar como vaga y confusa la explicación del laborioso profesor. Reconozco que hay mucho de alambicado y sutil en las teorías estéticas modernas sobre la creación épica; pero las sencillas explicaciones del siglo último, que intenta restaurar Milá, sobre el origen de los géneros, no tienen de sencillas más que la forma con que se enuncian.

Concedo, porque así lo creo, que las formas épicas no se abrieron paso por formas anteriores líricas, y creo que la poesía narrativa y descriptiva es anterior á la lírica, como precede la sensación á la reflexión; pero aún así no adelanto un paso, porque aquel narrador de que nos habla Milá no sabemos si expresaba sus impresiones ó recogía las tradicionales de su raza, de su pueblo ó de su tribu.

Sin reproducir cuestiones de psicología crítica sobre la fantasía general y particular, sin reverdecer tampoco las largas discusiones que sobre la formación de la epopeya Homérica provocó Wolf con sus famosos prolegómenos, y que renacieron con el estudio de los Nibelungen-not, y surgen siempre que se trata del origen de las formas de la poesía épica, tengo por cierto que el hecho que da asunto á la épica no es contemporáneo sino tradicional, y tradicional conservado con respeto por una y otra generación. No: el auditorio en esas primitivas formas de la épica no es puramente pasivo. El auditorio conoce el hecho, lo venera, lo recuerda con orgullo ó con enternecimiento, porque lo escuchó á los ancianos. Esas mil voces de la tradición ora son las que resume el cantor del pueblo. El suceso contemporáneo influye en la poesía épica dándole oportunidad por analogía entre la situación del hecho tradicional y el contemporáneo. Así en los días de la avasalladora é insolente influencia de los franceses que rodeaban á Alfonso VI, la tradición de Bernardo del Carpio tuvo oportunidad, y el vencedor de Roncesvalles gozó de popularidad inmensa porque satisfacía una necesidad nacional.

Esta tradición oral, repetida en el llano y en la montaña, en la pradera y en el bosque en la primavera, en torno la piedra del hogar en el invierno, se enriqueció con ligeras variantes en la forma que todas esas condiciones exteriores y aún las peculiares del narrador imprimían al relato. Al pasar de una á otra generación, las tradiciones arrastran ya un caudal poético en epítetos, en vehemencias, pausas y alusiones á circunstancias del momento que se incrustan en la narración como recuerdos de los tiempos que fueron.

La tradición conservada y repetida de generación en generación y transmitida en una forma oral, poética, es el germen vivo y fecundo de la poesía épica. No la crea ni este ni aquel narrador: la crean

todos los ancianos de la aldea ó de la tribu, que la repiten del mismo modo que la escucharon á sus mayores.

Toma un carácter más poético la tradicion oral cuando se quiere fijarla en la memoria con verdad y exactitud, por un empeño religioso, político ó puramente artístico. El sacerdote, el guerrero, el juglar, dan una forma fija á la tradicion en la memoria del recitador, y de aquí á la escritura no hay más que un paso, y se escribe la tradicion épica por los mismos intereses sociales, religiosos ó puramente artísticos que aconsejaron detenerla y fijarla en la rápida corriente inagotable y eternamente viva de la fantasía de los pueblos primitivos.

El narrador, órgano de la inspiracion general, el que traduce en la palabra poética sus individuales emociones, repite la voz del pueblo y expresa emociones generales, sirviéndose de la música, divino auxiliar y eterna compañera, sin la cual no se concibe la poesía en los pueblos juveniles. La música acompaña, como el eco á la voz, á la poesía. La poesía épica crece y se extiende y se mantiene en los de la música popular, gracias á los modos corales de la música popular, á los aires populares que servían de música á las narraciones del pueblo cantadas por los mozos y las doncellas, y aún acompañadas de danzas generales, como las que se conservan en Astúrias y en Cataluña.

La historia de la música popular resolvería fácilmente las cuestiones del metro y de la rima, por lo que toca á la poesía épica. Pero sin ir más allá en estos pormenores, interesa tan sólo á nuestro asunto considerar el hecho de adquirir carácter tradicional una narracion épica. No todas gozan ese privilegio. Muchas resbalan por la memoria de los pueblos, y son flor de un día. Las que se conservan son las que no encuentran pasivo al auditorio; las que expresan emociones y afectos que el auditorio sufre y siente á cada frase de la narracion; las que evocan recuerdos gratos porque acarician el orgullo ó la nobleza moral de la raza ó de la comarca, y se impregnan profundamente de los amores, de los odios que animan el corazón de la muchedumbre que las escucha férvida y entusiasmada.

Las narraciones que por lo repetidas adquieren este carácter tradicional, se conservan por los juglares, que las confían á su memoria, no sin un primer trabajo de redaccion entre las mil variantes y accidentes de localidad, de alusiones, de epítetos, de condicion del narrador, que el juglar acepta ó desecha en la narracion que él forma.

Desde el siglo VI tenía la palabra ioglar, juglar, como derivacion del latin clásico, la acepcion moderna (*Milá*, pág. 467), y es doctrina recibida gracias á textos de la Crónica general que pululaban en Castilla, Leon y Astúrias, como existieron en

todas las nacionalidades de Europa. Es inútil recordar los aedas y rapsodas griegos, los bardos, los escaldas escandinavos y los discrevellers Bretones. El ministerio artistico de nuestros juglares correspondía al de esos poetas populares, que representan y satisfacen en toda ocasion y tiempo la necesidad y la aspiracion poética de los pueblos. El juglar en este noble ministerio vive y alcanza glorias y provechos hasta que llega el periodo de la poesia erudita.

¿Cuándo aparecieron los juglares en ese oficio y ministerio artistico en nuestra España? No hay dato seguro; pero tengo para mí que tan luégo como las nuevas lenguas peninsulares por su generalizacion abrieron campo y teatro á las recitaciones juglarescas. Hasta entónces la tradicion oral localizada bastaba á la vida de la poesia. El juglar rompe ese aislamiento.

Comprueba mi hipótesis el que aún en Francia no aparece el juglar hasta los últimos días de la época carlovingia. Que se enlaza este espacio con los histriones que con los nombres de *scenici mimi*, *histriones*, *Thymelici*, etc. habían salvado la edad visigoda, representando en teatros romanos y en las plazas los días de fiesta y romerías, saltando, bailando y haeiendo ejercicios á la manera de los pobres gimnastas callejeros de nuestros tiempos, es punto que la erudicion moderna ha puesto en claro, y no hay para qué insistir despues del Ensayo histórico de Delarue sobre los bardos, los juglares, etc. (Caen, 1834). Pero estos degenerados restos de la tradicion pagana se ennoblecieron *cantando* las gestas heróicas. El canto heróico los regeneró, y es un hecho que desde los últimos días del siglo X, y muy especialmente durante los siglos XI, XII y XIII, influyeron grandemente en el curso é historia de la literatura moderna, escribiendo sus creaciones, popularizándolas, sirviendo de lazo y vínculo á las nacionalidades literarias, y llevando á uno y otro lado la cultura, la instruccion y el noble sentimiento de lo bello.

Distinguiéronse desde el siglo XI los juglares de gesta de los histriones, ó, mejor dicho, de las filas de los histriones salieron los juglares de gesta. Ganaron éstos gran autoridad y estima; aquellos continuaron solazando al vulgo con habilidades y pantomimas; y textos publicados por Mr. Guessard nos recuerdan que estos juglares «qui cantant gesta principum et vitas sanctorum, et faciunt solatia hominibus in egritudinibus suis, vel in angustiis suis, et non faciunt innumeras turpitudines sicut faciant saltatores et saltatrices... *bene possunt sustineri tales*, sicut ait Alexander Papa » La Iglesia los toleraba, las muchedumbres los aplaudían, los nobles los galardonaban, y por último los reyes los ennoblecieron.

Dando de mano á otros pormenores que no son del asunto, el hecho literario importante, es que los juglares recitaban, acompañándose con un instrumento de música, los cantos de gesta; que muy luégo los escribieron, porque distingue la Crónica general entre los juglares de boca y los de péñola, y estos últimos coleccionaron primero cantos, compusieron despues con los cantos *poemas* extensos, fundiendo todos aquellos elementos en una unidad artística. Ejemplo nuestro poema de Mio Cid. ¿Pero y las divisiones que se advierten en el poema de Mio Cid y aún en la Leyenda de las mocedades?

No tienen esas transiciones (Rios señala siete, Milá tres en el poema del Cid) gran importancia para decidir respecto á la composicion. Son divisiones, que corresponden á las necesidades de la recitacion en mi sentir, y que no detonan ni indican los elementos que entran en la composicion del poema; son divisiones externas, análogas á la de los cantos numerados en los poemas eruditos de los siglos siguientes. Autoriza esta opinion el recordar que las recitaciones del juglar en la plaza pública ó en el castillo ó monasterio no eran indefinidas. L. Gauthier sostiene que no pasaba de dos horas y que á lo sumo se recitaban 2.000 versos en una sesion de épica francesa. No llegarían á 1.500 en las de épica española. Las indicaciones, por lo tanto, de que «las coplas del cantar se van acabando» y las de que «comienza nuevo cantar», no significan otra cosa que las divisiones más ó ménos acertadas que el juglar introducía para la más fácil y entretenida recitacion de la obra.

Por estas razones no designaré yo nunca como cantares del Cid el que es en mi sentir verdadero poema ó libro del Cid. Las divisiones señaladas no desmienten la unidad intrínseca del poema, ni es fácil entre unos y otros de los supuestos cantares, señalar diferencias de estilo de lenguaje ó de inspiracion, sino que la unidad de ésta y de los caracteres acusa el afan de un autor, que compuso con los antiguos cantares de gesta el poema que hoy constituye el orgullo de nuestra literatura popular.

Si el lector ha seguido mi pensamiento, á la ligera expresado en los párrafos anteriores, entenderá que la poesía narrativa precede, en mi juicio, á la lírica; que se engendra en el seno de la muchedumbre en forma de tradicion oral; que adquiere condiciones poéticas por esta misma tradicion oral; que crece y se populariza gracias á la música popular que le da metro y rima; que se fija cuando el pueblo entero la canta como voz de sus aspiraciones y creencias; que entónces la conserva, cumpliendo con su ministerio el juglar de boca componiendo el verdadero canto de gesta, y que de las cofradías de los juglares de boca pasa á los de péñola que las escriben, naciendo despues ó entónces

no pocas veces el poema primitivo, compuesto de varios cantos de gesta, á los que imprime sello de unidad un juglar de mayor aliento, con más altas dotes poéticas.

## II.

Planteada así la cuestion, se pregunta por Milá: ¿Precedieron los romances á las narraciones extensas? es decir, ¿precedieron á los cantos de gesta, que tienen, por ejemplo, la extension de los tres que cree Milá entran en la composicion del poema de Mio Cid?

Puntuemos las cuestiones, porque en este linaje de estudios la vaguedad es enemiga mortal. ¿Se consideran los romances como formas líricas? Si se sostiene la afirmativa, equivale la pregunta á la famosa cuestion tan repetidas veces examinada en la crítica francesa, de si las *cantilenas* constituyen los precedentes y elementos primordiales de los cantos de gesta. Creo con Milá que la forma lírica no precede á la épica popular.

Lo que se puede rastrear de las cantilenas francesas y germánicas nos servirá para el caso de España; porque, aún apartándonos de discusiones estéticas que no son del gusto de los críticos de la escuela de Milá, el caso es un caso de literatura comparada, y lo que resulta de la epopeya francesa y de la germánica ha de servir grandemente para el estudio de la española, así como todos los críticos franceses y alemanes se sirven del caso de nuestros romances para apoyar ó rebatir sus respectivas conclusiones.

¿Pero las cantilenas pertenecen al género épico ó al lírico? ¿Quién asegurará que son propiamente líricas? Los textos de Tácito y de Eginardo, que demuestran la existencia de esas cantilenas, se sirven de la palabra *carmina*, de acepcion muy general y que comprende todos los géneros. Discurriendo por los fragmentos últimamente recogidos por la crítica, M. L. Gauthier nos dice que las cantilenas eran narrativas por su índole y épicas por su asunto. Que eran *pequeños poemas*, que pasaban de cien versos y no llegaban á quinientos, como un término medio entre la extension de la oda y la del poema.

¿Por qué son líricas las cantilenas? Por sus proporciones y por su arrebató, contestan los críticos partidarios del lirismo; y desde luégo se alcanza que ni quita ni pone al carácter épico la extension, ni el calor y la fogosidad del narrador se opone á la índole y naturaleza de la poesía épica.

Guardan los eruditos como memoria de las antiguas cantilenas un texto de la vida de S. Faron, por Helgario (876), en que el panegirista cita una cantilena del siglo VII, y que era un cántico público celebrando la victoria de Clotario sobre los Sajones, y que *las mujeres entonaban y acompañaban* con pal-

madas ó aplausos. Pero el canto de Clotario se escribió en el latin decadente que el erudito Helgario calificaba de lengua rústica. Los demas textos recogidos con gran solicitud por Du Meril en sus Poesías populares latinas, conviene L. Gauthier que, si muy interesantes, no pertenecen á la poesía popular. No nos queda más que el texto de Helgario ántes del siglo IX para conocer lo que fueron las cantilenas, y no es hacedero imitar aquí el milagro del ilustré paleontólogo.

Que subsistieran esas cantilenas, que las salvara del olvido Carlomagno, que sirvieran de aliciente y de semilla á la inspiracion épica, todo esto lo creo yo de muy buen grado; pero no descubro la razon que lleva á los criticos á calificar de líricas las cantilenas cuando se conviene en que son épicas por la índole y por el asunto. Las famosas cantilenas de Saucourt y de Hildebrando, del siglo IX, y que pertenecen á la literatura germana, confirman mi juicio. En la de Hildebrando no hay un rasgo lírico, y en la de Saucourt sólo se advierten los epifonemas hijos de la influencia de la poesía religiosa.

Buscando cantilenas en la literatura francesa, llegamos á Santa Eulalia, primer monumento escrito de la literatura francesa en lengua vulgar, tan comentado por Chevallet, Guessard, Littré y G. Paris. Se asemeja la cantilena de Santa Eulalia como una gota de agua á otra, á un romance religioso.

Buona pulcella fut Eulalia;  
Bel avrét corps, bellezour anima.  
Voldrent la veintre li Deo inimi,  
Voldrent la faire diaule servir, etc.

Narra el poeta el martirio de la doncella, y no aparece en la cantilena rasgo alguno lírico, porque no pertenece á esa clase la oracion con que termina. Sea lo que fuere la cantilena religiosa, no ha dado origen á las Vidas de Santos, porque la *Chanson de Saint Alexis* con tanto esmero estudiada en la última edicion de la Biblioteca de Estudios superiores, trae otro origen y se inspira en otras fuentes.

La cantilena religiosa se perpetuó al través de los cantos populares franceses en todas las edades de su historia, y con razon recuerda P. Paris haber escuchado en su infancia cantares populares sobre la vida de los santos.

Nada demuestra en las literaturas germana y francesa que las cantilenas tuvieran carácter lírico, y la única deducccion que las anteriores indicaciones permiten es que las cantilenas religiosas subsistieron durante toda la Edad Media, y que las heroicas sirvieron á manera de materiales para los cantos de gesta, y en Francia se agotaron en este empleo.

¿Por qué no aventurar la opinion que se viene naturalmente á los puntos de la pluma, en vista de lo expuesto, de que las cantilenas no son más que cantos de gesta, ménos extensos, formas rudimentarias de la poesía épica, las formas propias del periodo oral, así como los cantos de gesta posteriores son las formas primitivas del periodo juglaresco y escrito, perteneciendo unos y otras de lleno y por completo á la poesía épica?

Grandemente simplifica el problema la opinion que sustento, porque descarta la infundada especie del lirismo de la cantilena y de la sucesion de simultaneidad entre el género épico y el lírico. Corrobora mi opinion el advertir que el mismo L. Gauthier, que últimamente ha estudiado estas materias (*Les Epopees francaises*, III, 100), como P. Paris ántes, acuden al ejemplo que da nuestro Romancero, para establecer la relacion entre la cantilena y la cancion de gesta, repitiendo «que los españoles se pararon en la creacion épica en esas cantilenas, que reciben allá (entre nosotros) la denominacion de romances.» Síguese de aquí que, segun la respetable autoridad de P. Paris y L. Gauthier, las cantilenas y nuestros romances son una misma cosa, en cuanto á su influencia é importancia en la poesía épico-popular.

Ahora bien; ¿son líricos nuestros romances viejos? Atendida la definicion usual y corriente de la poesía lírica, yo no descubro elemento alguno de subjetividad en los romances clasificados en dicha categoría.

### III.

Descartada la cuestion del lirismo y reducida la pregunta á resolver, en términos claros y precisos, si los romances (formas fragmentarias de la épica) precedieron á los cantos de gesta, me decido por la afirmativa, y desde este punto, con pena, me separo de las opiniones con tanto ingenio defendidas por Milá.

Con gracia llama L. Gauthier á esta cuestion la *interminable*; pero en mi sentir ni es insoluble, ni puede decirse que no esté resuelta. Rios (II, 473), contra lo que cree Milá, la daba por resuelta en estos términos: «Narrativo por excelencia el romance, constituye en breve la base de las tradiciones heroicas del pueblo español, y recibiendo el nombre de *cantar de gesta*, trasmite á la historia la relacion de grandes hazañas, etc.» Podrá discutirse si fueron los mismos romances los que recibieron el nombre de cantar de gesta, ó si fueron sólo los históricos así denominados, ó por último, si se llamó cantar de gesta al relato más extenso, compuesto con ayuda de varios romances primitivos; pero el docto y respetable crítico asevera, con razon, que los romances ó cantos de gesta constituyen la base de las tradiciones heroicas.

Milá se separa de esta opinion. «Después de una interrupcion aparente, dice, que se prolonga más de dos siglos, vemos surgir de súbito una *nueva poesía popular* narrativa.» Esta *nueva* poesía popular, que data, según Milá, del siglo XIV, confiesa que se divide en dos *especies muy distintas* (página 401.) Unos, que por su mayor extension y por su narracion pausada se asemejan en cierta manera á los antiguos *cantares* de gesta, son debidos á los juglares, que existían aún; los otros, á que se da el título de populares y que ofrecen á menudo un aspecto rapsódico, son más animados. Estos nuevos cantares tienen por materia los asuntos tradicionales, entre ellos los carlovingios, cuyo origen se busca en las canciones de gesta francesas; los antiguos *ciclos* poéticos nacionales; después los históricos de nuevos asuntos, y por último, los tomados de fuentes extranjeras.

En las anteriores frases queda compendiada la teoría del docto crítico respecto al origen de los romances y á su importancia en la historia de la poesía heróica española.

Gran respeto nos inspira el afamado profesor; pero su teoría, por ingeniosa que sea, peca por atrevida, y carece de fundamento estético é histórico.

Una forma *nueva* de poesía popular heróica en el siglo XIV, corridos ya los días de D. Alfonso X y Sancho el ilustrado y el Bravo, es sorprendente por lo extraña. Una poesía *nueva* popular narrativa que desciende á la vez de los juglares y del pueblo, que es espontánea en este y en aquellos degeneracion del antiguo cantar de gesta, implica una contradiccion en los términos mismos en que se anuncia la teoría. ¿Cómo de una fuente semierudita (la juglaresca) y de otra *especialmente* popular, brota una misma é idéntica forma artística? No es posible esta dualidad de fuentes. Es necesario elegir: ó el origen juglaresco, ó el especialmente popular y rapsódico. Si es el juglaresco, claro está que los romances serán fragmentos de cantos de gesta, modificados en su fondo y en su forma, ó imitaciones de aquellos cantos de gesta. Si es la popular la verdadera fuente, los romances juglarescos serán imitaciones posteriores de los populares, dado el carácter erudito y reflexivo que quiere Milá imprimir á los juglarescos. ¿Cuándo se originan entonces los populares?

Serían por lo tanto éstos una forma popular *creada* espontáneamente en el siglo XIV por la fantasía de nuestro pueblo. ¿Una forma *nueva* sin antecedentes? Una creacion artistica verdaderamente original, apareciendo, no en los orígenes de una literatura, sino muy andada su historia literaria, y que no se debe á influencias extranjeras, es caso peregrino de difícil ó, por mejor decir, de imposible

explicacion. Las influencias que señala Milá como causas de la aparicion de los romances, no me vencen. Que habría decaído la poesía narrativa en el siglo XIV; es cierto; que no era estimada, será verdad; pero no es una razon aquel olvido y esta desestima para que renazca lo olvidado, y por cierto con sus caracteres esenciales. La influencia oral es la segunda razon; pero, como la anterior, prueba lo contrario de lo que Milá propone, porque denota que vivía aquella tradicion, y la tradicion tendría una forma y un contenido, y una y otra cosa llegó al siglo XIV. La influencia de la poesía lírica y artística, dice Milá, es la tercera causa de esa creacion, y creo que esa influencia, dado caso que la hubiera, contrariaría el carácter *especialmente* popular y rapsódico de los romances, como los adulteró esa influencia en los siglos siguientes, dando paso á los romances artísticos. Por otra parte, la influencia del lirismo castellano en el siglo XIV no debía ni podía ser de importancia en el caso. ¿Qué lirismo señalará el docto crítico en los anales literarios de Castilla y en los reinados de Alfonso XI, D. Pedro, D. Enrique el de Trastámara, antes de llegar á la influencia de las escuelas y poetas italianos? ¿Es que se alude á la influencia de la poesía lírica extranjera para explicar el origen de nuestro romance? No es de creer, y por lo tanto las influencias señaladas, si tienen importancia para explicar las fases sucesivas de los romances castellanos, no aclaran en modo alguno su origen y aparicion en el siglo XIV.

Tampoco era el siglo XIV siglo de hierro y siglo de olvido de la tradicion política que forma la grandeza de nuestra historia, el más adecuado para que palpitase tan briosamente como se percibe en el romance histórico el sentimiento nacional. Desde D. Sancho el Bravo hasta los Reyes Católicos, salva la heróica figura de Alfonso XI, no se pelea con los moros de aquella santa manera que quería Fernán González, ni se mira á los extranjeros en ese tumultuoso período con la fiereza que representa Bernardo del Carpio. Tampoco era de la época de las minoridades y de las guerras civiles y perniciosos ejemplos de aventureros extranjeros la lealtad nobilísima del Cid al Rey y á la honra de España; de manera que si hay algun siglo mal preparado en la historia española para acoger las inspiraciones legendarias de Castilla, es indudablemente el siglo XIV.

Son éstas razones y motivos críticos que me impiden asentir á la teoría de Milá, en lo que toca á la consideracion filosófica y crítica del asunto; pero se aumenta mi desvío notando que no leo razones positivas de esa teoría en el libro de Milá.

Cierto que no conservamos romances que pueda asegurarse se escribieron en el siglo XI ó en el XII.

Muy cierto que los romances que han llegado á nosotros, recogidos despues de muchos siglos de tradicion oral, han sufrido las alteraciones y mudanzas propias de esta tradicion; más los ultrajes que, so pretexto de remozarles, les infirieron los primitivos editores. Pero tampoco han llegado á nuestras manos los cantares de gesta, y la crítica admite su existencia. Tampoco se han recogido las primitivas cantilenas heróicas de germanos y francos, y nadie pone en duda que existieron; de suerte que no es argumento el decir que no han llegado hasta nosotros. Es que no hay respecto á los romances las numerosas citas y referencias que se encuentran en las Crónicas, podrá replicarse.—Muy verdad; pero las frases «cantares de gesta,» «dicen en sus cantares,» podrá decirse que en el siglo XII no comprendían los romances cuando se identifican romances y cantares de gesta en su esencia, y la palabra *romance* no se fija en su acepcion novísima hasta el siglo XIV. El Nicolás de los Romances y Domingo Abad de los Romances, heredados por D. Fernando en la toma de Sevilla, ¿eran sólo cantares de gesta? ¿No sabemos que Domingo Abad le hizo trovas al Santo Rey para las fiestas de S. Clemente y S. Leandro?

Pues si *cantar* y cantares es tal acepcion que comprende el cantar de gesta y el romance, y designábase á los poetas en los dias de San Fernando con el dictado de «el los romances,» no tiene valor á los ojos de una crítica severa el que no se aluda á los romances en las crónicas.

Queda otro argumento, que es, sin duda, el más especioso, á saber: los RR. históricos aparecen tomados de las crónicas. Concuerdan sus narraciones con lo referido en la Crónica General: en ocasiones, el incidente más nimio y hasta la frase ó rasgo poético que se descubre en el cronista se encuentra despues en el romancero. Otros son paráfrasis de narraciones que se ven en las Crónicas. No se empeñe en este estudio mi laborioso compañero. Para que sus resultados sean de estimar, y huyamos del paralogismo en que incurriríamos, es necesario averiguar y decidir que las crónicas no se inspiraron en los romances, y que no van designados juntamente con los cantares de gesta en la palabra *cantares* empleada por el cronista para señalar fuentes. Mientras no se demuestre de otra manera la no existencia de los romances ántes de las Crónicas, podremos decir que existen esas concordancias que advierte Milá, porque las crónicas copiaron formas primitivas de esos romances que han llegado adulterados por la tradicion oral.

Alcanzo aquella elegantísima paradoja, con singular ingenio defendida por el discretísimo y humorista académico D. J. Valera, que al negar la poesía popular en los siglos medios, consideraba

los romances como una forma erudita debida á los poetas de los siglos XVI y XVII, que crearon por su ministerio la verdadera poesía popular, es decir, le diéron una poesía al pueblo para su solaz y esparcimiento; pero no concibo que apellidándola espontánea y popular, y entendiendo que conserva esta poesía íntima relacion con la vida histórica, crea Milá que pertenecen los romances á los últimos momentos de la Edad Media.

## IV.

Gusta, como es razon, el docto crítico de los argumentos que se sacan del estudio comparado de las literaturas; y en verdad que sería una verdadera rareza lo que ofrecería la historia de la épica española si fuese cierta la teoría intentada por Milá. En Francia, la poesía épica va de la cantilena (de carácter épico) al canto de gesta, del canto de gesta al *Roman*, despues al poema reflexivo y artístico; se deslíe en prosa en los libros de caballería, va á la *Bibliothèque bleu* á maravillar á los campesinos; pero no cae del poema al fragmento, no retorna, ó si quiere Milá, no engendra una forma erudito-popular, elegante y espontánea, como fruto de las nupeias de la Edad Media con otra más culta y pulida. En Alemania engendran las cantilenas su epopeya: da ésta inspiracion y asunto á sus juglares, y á su sombra, si se quiere, florecen formas mixtas lírico-épicas en el siglo siguiente; pero tampoco se reproduce la inspiracion heróica en nueva y original forma, como pretende Milá ha sucedido en España.

Las edades heróicas no se reproducen en un mismo pueblo, como no se torna á la juventud una vez pasados los hermosos años de la pasion y del ardimiento. La poesía épico-heróica popular es propia, exclusivamente propia, de la edad primera de las jóvenes nacionalidades. No la busque el Sr. Milá trascurrida aquella edad, sino como tradicion santa, como venerando recuerdo de la honra patria, no como fruto espontáneo. No surgen de súbito (página 400) *nuevas* poesías en pueblos que contaba ya la historia literaria que encierran los siglos XII y XIII de la española, y cuya historia, en lo civil y político, había pasado por las trasformaciones que señalan Alfonso VI, Alfonso VIII, el Rey Sabio, Alfonso el Justiciero, D. Pedro de Castilla y su hermano el de Trastámara.

La crítica seguía una inspiracion intuitiva al sostener que los romances constituyen el fondo de la poesía heróico-popular. ¿Por qué? Porque por literaria y pulida que aparezca su forma á algunos críticos, no es ménos cierto que los habituados á recorrer ambas Castillas, admiran la portentosa facilidad con que improvisan nuestros campesinos, y cómo en cuanto hablan con el énfasis que la pasion

infunde, las formas análogas al romance brotan de sus labios como si fuera una lengua propia y sabida. ¿Quién no ha presenciado estas improvisaciones en romerías y regocijos en Toledo, Ávila, Valladolid, etc.? El vocalismo de nuestra lengua se presta tan fácilmente á largas series de asonancias y consonancias, que no extraño que críticos antiguos y modernos hayan estimado el romance como el metro español por excelencia. Su *súbita* popularidad en el siglo XIV, según la frase de Milá, por lo maravillosa es inverosímil.

Sin tocar aún en los orígenes de metro y rima, lo que en mi juicio importa, para desterrar de los estudios cuestiones que pueden degenerar en cuestiones escolásticas, es entender en su amplio y natural sentido la doctrina más admitida, y que yo defiendo. Los romances son en España lo que las antiguas cantilenas en Alemania y Francia. El romance fué la poesía universal, la única forma de poesía de las edades primitivas de nuestro pueblo. El romance con monorrimos, con asonancias y consonancias sirvió de lengua poética á la inspiración heroica, recorriendo la poesía épico-didáctica ó religiosa que la Iglesia patrocinó y la tradicional histórica. Crecían y pululaban los romances con la fecundidad pasmosa con que crece la poesía á manera de selva primaveral en los pueblos primitivos. Se perdieron los religiosos, porque se fundieron en vidas de santos, ó quedaron en los argumentos de libros, como la vida de Santa María, los milagros de la Virgen ó la vida de San Millán. Entre los históricos, los que encarnaron la vida nacional sirvieron de materiales á los cantos de gesta; los tomados de la vida contemporánea continuaron en su existencia local, ciudadana ó campesina, de tierra de Toledo ó de tierra de Búrgos, sufriendo todas las modificaciones propias de la tradición oral. Sirvieron de parte ó boletín de campaña después de la victoria; de grito de guerra en las fajas fronterizas; de consuelo y voz de esperanza en días de infortunio. Fué y continuó siendo el romancero el himnario del pueblo. En mi juicio, no desaparecieron nunca. Fueron anteriores, coetáneos y posteriores á los cantos de gesta. Los mismos que habían servido para los cantos de gesta se conservaron con variantes, con nuevos incidentes y retoques. Nacían y nacieron siempre de cuanto vivía y palpitaba en el pueblo español, de la tradición, del milagro, de la buena presa, del caso horrible, del hecho nobilísimo, de la traición infame. Se desprendían de la Crónica, de la leyenda religiosa, del Breviario, de la presunción solariega, del libro leído, del cuento recordado, con las mil formas y variedades que consiente la poesía épica, á cuyo género correspondían esencialmente. Son la fuente viva de la inspiración popular que eternamente fluye.

TOMO VIII.

En esta selva frondosa, y que con toda libertad vegetaba, se distinguen las diversas clases de Romances que los maestros señalan,—y muchas otras que se distinguirán en más afinadas clasificaciones.—Los hay populares, juglarescos, nobiliarios, villanos, fronterizos, ciudadanos, políticos, religiosos, eruditos, semi-eruditos, novelescos, imitados, etcétera, etc., etc., primordiales, secundarios, sencillos, compuestos, nuevos, reformados aprovechando el asunto y variando la entonación, amplificados, glosados, etc., etc., etc., todo lo que la creación poética de un pueblo puede hacer en el espacio de quinientos años de una existencia viril y activa. Por eso está retratada en el Romancero toda la vida general: allí todas las clases, todas las grandezas y miserias de nuestra historia. Por eso son tan múltiples los tonos, las maneras, los estilos; tan diverso el lenguaje, tan vária y abundosa la inspiración.

Si en vez de considerar el romance con esta extensión, que es la propia de la crítica moderna, entendemos por romance «una composición en versos octosílabos, lírico-épica, ó épico-lírica, asonantada en las palabras necesariamente llanas que terminan sus versos pares,» entonces conoceremos el romance de Sepúlveda ó Fuentes, de Timoneda ó Lope, Góngora ú otros poetas artísticos posteriores. Entonces, como espeso nublado caerán sobre el crítico estas y otras cuestiones: ¿De dónde se tomó el romance? ¿De qué metros latinos se deriva? ¿Cómo llegó á manos del pueblo? ¿De qué se origina el asonante? ¿Cuándo principió á usarse? ¿Cómo recemplazó al monorrimo aconsonantado? ¿En qué siglo tuvo lugar este trueque, etc., etc.? Cuestiones todas que por sí se contestan con la sencilla narración de nuestra historia literaria. Al compás que crece la influencia latina y la Iglesia populariza sus cantos, los elementos artísticos llegan al pueblo, que los emplea con mayor ó menor rudeza. El origen de metro y rima en la poesía española es latino. ¿Cuál fué el metro latino que inmediatamente sirvió de clave á los poetas populares? No es fácil designar uno sólo; fueron varios, porque la poesía se ajustaba á la música, como es inútil entretenerse en querer fijar la sucesión del asonante y del consonante. En el poema del Mio Cid hay consonantes agudos, consonantes llanos, asonantes agudos, asonantes llanos, asonantes imperfectos de agudos con llanos, etc., etc. Lo mismo sucede en el cantar de Rodrigo, en que hay asonantes y consonantes, agudos y llanos, perfectos é imperfectos. Lo mismo advertimos en los Romances, y en ellos se combinan los consonantes agudos con asonantes, y en los romances y en los poemas es característica esta confusión en las rimas hasta el siglo XVI.

¿Qué significa esta confusión? Significa y expresa

lo característico y propio de la poesía popular, espontánea por naturaleza, que utiliza cuantos elementos artísticos le ofrecen la tradición y la índole y condiciones de la lengua de que se sirve.

No acontece cosa diferente con el verso. El número de sílabas en el poema de Mio Cid y en el Rodrigo no se determina con facilidad. Los hay cortos, los hay larguísimo. Se encuentran de 14, de 16, de 15, por lo tanto con hemistiquios iguales ó desiguales. Más igualdad reina en los romances, sin duda porque el aire músico-popular que servía á la recitación era más fijo. El juglar de boca introducía varios ritmos para amenizar la sesión y evitar la monotonía. El romance, de ménos extensión que el cantar de gesta, no necesitaba de aquel artificio y seguía constantemente una cadencia, lo que explica la perseverancia del sistema de versificación. Pero, á pesar de esta diferencia, cuya causa es tan visible, considerando como quiere Milá, siguiendo respetables autoridades, el verso del romance viejo en dos hemistiquios de 8+8 y algunas veces de 8+9, no es hacedero desconocer su íntimo parentesco con la forma de versificación de los cantares de gesta, ni aún su identidad con alguna de las maneras empleadas en varios pasajes del poema del Mio Cid. ¿Era la versificación trocaica ó yámbica? Trocaica en un hemistiquio y yámbica en el otro, dice con razón F. Wolf.

Yo no acierto á explicarme el romance como un género literario, como una manera de poesía, como lo es la letrilla y la oda ó la canción; no lo veo tampoco en la sucesión de la historia como el fruto de gusto dominante en una época, como la lírica petrarquista ó la de gusto provenzal de los siglos XV y XVI. El romance constituye la forma universal y perenne de la poesía popular en todos los períodos de la lengua y literatura españolas. Basta su empleo para que vista caracteres nacionales cualquiera inspiración, y desde su introducción en el teatro, acudieron á la poesía dramática, como evocados por los acentos del romance, los sentimientos y las aspiraciones más íntimas, originales y profundas del genio poético de nuestra raza.

## V.

Cumplía á mi propósito, ya que impugnaba la manera de concebir el romance y explicar el Romancero, que presenta Milá, indicar el valor, carácter y significación que tiene el Romancero en la historia española. Al lector toca ahora elegir entre una y otra.

Pero no es por cierto, ni en el gran crítico Durán, cuyo nombre irá siempre unido al Romancero, ni en el gran poeta D. Angel Saavedra, que sintió como nadie la inspiración del Romancero, ni en el afamado Huber, ni en el renombrado Schack, ni en el entusiasta Clarus, ni en el famoso Wolf, maestro

insigne en estos estudios, ni en el diligente Ticknor, ni en el profundo Lemcke, ni en el ilustre historiador Rios, que ha seguido paso á paso el desarrollo de las letras españolas, donde ha podido encontrar Milá los gérmenes de esa novísima consideración del Romancero que lo despoja violentamente del carácter popular, heróico, espontáneo, que le había valido tantos y tan entusiastas encomios. No es la crítica alemana, tan conocedora del genio é inspiración de la poesía y del arte español, la que puede patrocinar esas enseñanzas. Brotó el concepto en la crítica francesa, no en Villemain, ni en Piubusque, ni en R. Saint-Hilaire, ni en Circourt, sino en el círculo de los eruditos cultivadores de la poesía épica francesa, y que lo forman: P. Paris como maestro, Guesard, G. Paris, P. Meyer, L. Gauthier, etc., entre los cuales debe colocarse también Damas-Hinard Surgio, con motivo y ocasión de Carlomagno, de la difusión de los cantos de gesta carlovingios en España, y siempre es Bernardo del Carpio el que produce todos estos arrebatos de la crítica francesa.

M. P. Paris escribía en 1864, recordando ya las hipótesis de M. Damas Hinard en su Introducción al *Poeme du Cid*, «que el Cid se compuso á fines del siglo XII, con romances anteriores sin duda, pero teniendo por modelos las gestas francesas.»—El laborioso crítico nos dejaba siquiera los romances, ya que el poema del Cid era una imitación de las gestas francesas. Gaston Paris, un año después, en su afamada Historia poética de Carlomagno, al estudiar en el cap. X la leyenda de Carlomagno en España, afirma como cosa averiguada y decidida, que España no tuvo epopeya. «Los romances, que representan en la historia de la poesía el genio épico de la peninsular, no han llegado á nosotros sino con formas propias del siglo XV, sea cualquiera la época á que se remonten en lo sustancial; pero en cambio de *tres bonne heure*, las tradiciones francesas y los poemas franceses traspasaron los Pirineos.»

No nos quedaba de poesía épica popular en los siglos medios, al decir de G. Paris, más que esa *sustancia* de los romances, que podrá ser la mera tradición, sin forma poética, porque la forma artística era del siglo XV, y los poemas, imitaciones de los cantos de gesta francesa, puesto que España no tiene epopeya.

Esta opinión de G. Paris ha influido en mi sentir de una manera excesiva en los juicios y criterios del docto profesor de la Universidad de Barcelona. Pero en G. Paris es una teoría completa: y en Milá es contradictoria en sus mismos términos. G. Paris niega la existencia de la epopeya en España: el Poema del Cid es una imitación de la poesía francesa, y los romances una forma erudita del

siglo XV, en cuyo asunto quizá haya algo de tradición popular. Es todo ello un tejido de errores; pero es un *tejido*, es una teoría completa. Pero el profesor barcelonés admite de un lado la existencia de la epopeya castellana, la originalidad de los cantares de gesta, aunque dando sobrada importancia á la influencia francesa, y de otro una nueva forma de poesía narrativa y popular en el siglo XV, aunque sin relación sustancial y viva con la anterior, cuyas dos formas populares á distancia de tres ó cuatro siglos no pueden ser ambas espontáneas y populares, con lo que sólo consigue despojar al Romanero de todos los caracteres que le había asignado la crítica, quedando en la categoría de ejercicios semi-retóricos de los atildados poetas del siglo XV y en la de recreaciones eruditas de poetas doctos.

La opinión de G. Paris no debe tener en nuestra literatura tan alta autoridad, ni ejercer en nuestros críticos la fascinación que ha ejercido en Milá, porque no son exactos ni filosófica ni históricamente los tres asertos que constituyen su teoría.

¿Qué se quiere decir al escribir que España no tiene epopeya? ¿Que no tiene poesía épica, que carece de inspiración épica en los siglos medios? Esta es, en efecto, la intención y el sentido del crítico francés. Contesto con los resultados que ofrece el mismo libro de Milá, respecto á la existencia de los cantares de gesta de Bernardo, de Fernán González, de los condes de Castilla, Garci-Fernández, Sancho, etc., de los siete infantes de Lara, de Fernando I y del Cid, por más que no hayan llegado muchos á nuestros tiempos. Hubo inspiración épica y cantos épicos en la historia española.

¿Quiere decirse que no hubo una concepción general de la historia española hermosamente encarnada en los momentos sublimes y heroicos de la vida de la nación? Pues se engaña también G. Paris, porque esa concepción existe en nuestro arte, y es tan viva y popular, que anima la historia entera de la poesía española.

¿Quiere decirse al repetir que no hay epopeya en España, que no gozamos esa forma superior de la épica, consistente en una creación que abarque cielo y tierra, á la manera de la Iliada y la Divina Comedia, y que exprese el estado total del espíritu humano en una edad histórica? Tiene entonces razón el crítico francés. Pero no cuenta el mundo más que dos de esas formas supremas: la Iliada y la Divina Comedia.

Pero como poesía heroica nacional, eminentemente nacional, si inferior en cantidad, no cede en calidad y en belleza la española á la francesa, á pesar de sus ciclos carlovingios; y no cede á la francesa, porque es espontánea y original y peculiar á la vida española la inspiración que se trasluce en nuestras tradiciones y crónicas, y que ge-

nuinamente se presenta con una alteza estética no superada en la Edad Media en el Poema del Cid.

Y torna aquí de nuevo la cuestión de la influencia francesa.

Yo no creo que nuestros antepasados del siglo XII conocieran las gestas carlovingias, como supone G. Paris; pero si las conocieron, fácilmente se explicarán mis lectores el efecto que habían de causar en España, recordando que en los seis cantares de gesta carlovingios, que se refieren á la expedición del Emperador á España, á saber: *L'entree en Espagne, la Prise de Pampelune, Gui de Bourgogne, Roland, Gaydon y Anseis de Carthage*, España y las glorias españolas más caras son escarnecidas ó negadas. En el primer poema, Santiago se aparece á Carlomagno, y le ordena vaya á España á libertar su sepulcro. ¿Cabe concepción que hiera más de frente toda la tradición místico-heroica que conservaba nuestra Iglesia y nuestro pueblo respecto á Santiago? Carlomagno toma por asalto á Pamplona, después conquista á Toledo y Córdoba, según refiere el juglar, autor del segundo cantar. Según el autor del *Gui de Bourgogne*, veintisiete años permaneció en España ocupado en estas conquistas Carlomagno, ¡y cuando regresa á Francia deja en el trono de España conquistada á Anseis de Cartago!

Isoré era el principal consejero del Rey Anseis. Tenía una hija, *Lutise* (la tradición árabe). Enamorada de Anseis lo seduce, y sin reconocerla el Rey atropelló su virtud y su honra. Aconsejado por la venganza, su padre Isoré reniega de la fe cristiana y guerra ayudando á los moros, poniendo en gran apuro al desventurado monarca. Es necesaria una reconquista de España. Llamado por Anseis, Carlomagno reconquista á España, decapita al Rey moro Marsilio, y Anseis reina tranquilamente bajo el amparo del gran Emperador.

Convengamos en que si los críticos contemporáneos nos niegan la poesía épica, los juglares carlovingios negaban de raíz la existencia de la historia española y cristiana en la Península. Era de todo punto imposible que esta poesía que maltrataba y negaba las más vivas tradiciones de nuestra historia religiosa, nobiliaria y popular, tuviera eco en España, ni fuera gustada por los españoles, aunque Milá crea lo contrario (pag. 143).

Pero la conocieron, se dice, y yo pregunto: ¿Cuándo la conocieron? La entrada en España es una compilación de principios del siglo XIV. La toma de Pamplona pertenece al mismo siglo. Guido de Borgoña á la segunda mitad del siglo XII. Gaydon pertenece á la primera mitad del siglo XIII, y Anseis de Cartago á la segunda mitad del mismo siglo. No queda, por lo tanto, más que la famosísima *Chanson de Roland*, que los críticos franceses colocan en los

últimos años del siglo XI, y que yo colocaría á fines de la primera mitad del siglo XII, poco ántes del Guido de Borgoña.

Para creer lo que escribo, me fundo en la comparación de la *Chanson de Roland* con la *Vie de Saint-Alexis*, poema del siglo XI, renovado en los siglos XII, XIII y XIV, y cuyos cuatro textos ha coleccionado últimamente la Escuela de estudios superiores de Francia, dirigida por M. G. Paris (Paris, 1872). Tiene razon el editor. Basta comparar dos trozos de los poemas mencionados para conocer que la lengua en que está escrito el *Saint-Alexis* es anterior á la lengua de la cancion de gesta. ¿Bastan los treinta ó cuarenta años que pueden mediar entre la mitad y los últimos del siglo XI para explicar esa diferencia que se advierte entre uno y otro monumento literario? No es rápido sino lento el desarrollo lingüístico en los siglos medios, y en monumentos escritos apenas es perceptible su diferencia, que, sin embargo, es muy señalada entre las dos obras francesas, así en la lengua como en la versificación, teniendo en cuenta además que el *Saint Alexis* es *mester de clerecia*, como diríamos en España, y la *Chanson* una gesta de juglar. No sólo con el texto del siglo XI, sino con el texto del siglo XII, puede ponerse en parangon la lengua del cantar de gesta, y no me cabe duda de que de golpe resolverá cualquiera aficionado á estos estudios que es anterior la *Vida* al cantar.

Para que haya términos hábiles que permitan la influencia, es necesario adelantar la fecha del *cantar* frances hasta fines del siglo XI, y retrasar la del poema español hasta fines del siglo XII, como hace Milá, lo que equivale á violentar los hechos para que se ajusten á una teoría preconcebida.

Si las dos redacciones del *Saint-Alexis* pertenecen á los siglos XI y primeras décadas del XII, no puede sostenerse sin manifiesta temeridad que es coetáneo el canto de gesta de Roland. No hay duda de que el poema de *Mio Cid* data de 1140 á 1160, segun dijeron Sanchez y los críticos que le siguieron y han corroborado con irrefutables razones dos autores peritísimos, Wolf y Rios.

¿Qué nos queda por liquidar? Sólo (y haciendo todo género de concesiones) un lapso de diez ó veinte años entre la obra francesa y la castellana, que no basta para explicar, en los tiempos y circunstancias de que hablamos, la popularidad de los cantos carlovingios y mucho ménos la imitación de que hablan Damas, Hinard y G. Paris.

Nuestros eruditos lo que conocieron fué la Crónica, atribuida á Turpin; pero el pueblo y los juglares nada sabían de las gestas carlovingias en la primera mitad del siglo XII, época, sin embargo, del Rodrigo y del poema de *Mio Cid*. Se explica que D. Lúcas de Tuy, que había recorrido la Italia y

gozaba de la protección de doña Berenguela en 1230, conociera las crónicas y los cantares referentes á Carlomagno, pero ni el juglar ni el pueblo tuvieron ocasion de conocer unas y otros á los pocos años de haberse escrito; se alcanza que el erudito autor de la Crónica de Alfonso VII, en 1160, dignatario de la Iglesia sin duda, tuviera noticia más ó ménos vaga de Roldan y de Oliveros por la Crónica de Turpin, escrita treinta ó cuarenta años ántes, aun concediendo, que es mucho conceder, que la *Chanson de Roland* sea anterior á la Crónica del falso Turpin, pero no que la Crónica y el cantar de gesta fueran populares en España en 1160.

Si estas consideraciones críticas no fueran bastantes para negar *à priori* la influencia francesa en la poesía heróica castellana del siglo XII; si no bastara el estimar que en la poesía heróico-popular es en tésis general imposible esa imitación crítica y literaria que supone reconocimiento del valor y precio del modelo, las mismas observaciones críticas de Milá (pág. 463) me servirán, no sólo para demostrar que los cantares del Cid no acusan influencia francesa, sino para insistir en que no la acusa nuestra poesía heróico-popular del siglo XII y aun la poesía heróico-erudita del siglo siguiente.

Si se confiesa ó concede que no hay influencia en el poema del Cid, está de hecho concedido ó confesado que no la hubo en los desconocidos cantares del *ciclo* de Bernardo, que si no fueron anteriores, serían coetáneos de los del Cid.

No se trata de influencias provenzales, sino de influencias francesas; de suerte que las indicaciones de Milá, con ocasion de los poemas de los Reyes Magos y de Santa María, no aprovechan para el caso, so pena de demostrar la tésis de Fauriel del origen provenzal de la epopeya francesa, hoy rechazada por la crítica. Milá reconoce que la refutación del inolvidable Muñoz y Romero de la teoría desarrollada en el folleto publicado en 1860, con el título de *Los Fueros francos*, es perentoria; reconoce que los intentos de Cluniacenses y magnates en los dias de Alfonso VI no pasaron de tentativas; que las analogías de estado social, organización militar, trajes y usos nacía de la comunidad de origen é identidad de vida en edades anteriores. Milá cree que las analogías en situaciones y rasgos se originan de las del estado social; que las del nombre de juglar nacen de la comun fuente latina, de la misma manera que las de *cantar* y *gesta*, y señala diferencias que excluyen en su sentir la imitación en punto á la versificación, y en materia de lenguaje califica de absurda la doctrina de Damas-Hinard.

¿De dónde deducir la imitación? Sin embargo, Milá á renglon seguido dice que *hubo influencias francesas en la poesía épica*, aunque no en el grado que se supone, distando mucho de admitir que nues-

tras narraciones *fuesen originarias de las francesas* (pág. 470). El docto profesor vacila. Continúa diciendo—que causas iguales produjeron análogos resultados; que la poesía épica es natural en los pueblos primitivos, por lo que se nota en nuestras narraciones un fondo castizo y próximo á la historia real, sin caracteres de *una poesía de origen extranjero, como se observan en el ciclo particular de Bernardo*.—Es decir, que hay una poesía épica imitada ó reproducida de Francia, y á su LADO nació otra *altamente nacional por los asuntos* y el espíritu y que cantó á Fernan Gonzalez y al Cid (pág. 471).—Después de vacilar, concluye Milá acogiendo las dos opiniones: la de la imitación francesa en Bernardo y la de la originalidad castellana en el Cid; pero no se ocultará á su penetración que esto equivale á dejar en pié las cuestiones planteadas. No es una solución, porque si los cantares de gesta de Bernardo son del siglo XI (los perdidos), y al mismo siglo pertenecen los de Rodrigo y el *Mío Cid*, ¿por qué los unos son originales y los otros imitados siendo coetáneos? ¿Por la diferencia de asuntos? No; porque todos convienen en que es nacional y muy propio del espíritu altivo é independiente de nuestro pueblo la inspiración de Bernardo, tal como la recogieron los cronistas y la recuerdan los romances. No puede decirse que las formas, el estilo, la versificación ó el lenguaje acusan la imitación, porque no han llegado á nosotros aquellos cantares.

Por otra parte, si el asunto era nacional, si expresaba sentimientos y nobles pasiones alimentadas constantemente por nuestro pueblo, y no existen señales especiales, síntomas claros que revelen la procedencia francesa, ¿no repugna á la índole de la poesía heróico-popular que á la vez florezcan una de imitación y otra original? Si se acudía á la imitación, si se reconocían modelos, si se recibían influencias tan decisivas como supone Milá respecto al Bernardo, ¿por qué desaparecían y no dejaban huella estas influencias cuando se trataba de Fernan Gonzalez, de los condes de Castilla sus sucesores, de los casos trágicos de los infantes de Lara y del Cid? Yo entiendo que si hubo influencia debió ser general; pero no comprendo ni acierto á explicar una influencia singular, relativa sólo á hechos ó personajes determinados, tratándose del mismo siglo y del mismo género poético.

¿Entiende acaso Milá que por ser más ó menos fabuloso el personaje, y no estar sujeto el poeta por la realidad viva de la historia, acudía á la imitación? No lo creo, porque abunda en la poesía heróico-popular la creación de personajes fabulosos, sin que su existencia pueda señalarse como efecto de plagio ó imitación. ¿Y de quién podía ser imitación Bernardo del Carpio? De Rolando no, porque no hay semejanza entre el Rolando de la canción de Roland

y Bernardo, antes al contrario, supone G. Paris que se creó el Bernardo como anti-tipo del famoso paladín Carlovingio, lo que implica un procedimiento artístico tan analítico y concienzudo, que no pudo entrar nunca en los designios de un juglar del siglo XI ó XII. Los demás poemas del ciclo Carlovingio relativos á España, ya he visto que son posteriores al cantar de Roland. Si acudimos á otros ciclos, el *Carlomagno* de Venecia, y el cantar de *Aspremont*, que refieren la infancia de Rolando, son de fines del siglo XII, y el más importante de *Girart de Viane*, que recuerda la juventud del héroe y el famosísimo combate de Oliveros y Reldan, y la suave y dulcísima creación de Alda, pertenece al siglo XIII. ¿Sobre qué tipo de Rolando pudieron, por lo tanto, los juglares que en el siglo XII y en Castilla escribieron los cantares de gesta, hoy perdidos, de Bernardo del Carpio, forjar la contrafigura del héroe francés?

## VI.

El asunto es tan grato, que olvido la molestia del lector. Hora es ya de resumir la segunda y tercera pregunta del cuestionario.

No me satisfacen por las razones apuntadas, y cuya ampliación confío á la sagacidad y estudios de mis lectores (que no me es dado insistir y traer textos y comprobaciones que fácilmente se recogen), las conclusiones del doctísimo profesor de la Universidad de Barcelona.

Opino que los romances precedieron á los cantares de gesta. Que los cantares de gesta se formaron con los elementos poéticos y filológicos que suministraban aquellos romances, ya por juxta-posición, ya por refundición, ya por nueva composición. En mi entender, no desaparecieron los romances por la aparición de los cantares de gesta, continuaron sirviendo al pueblo, y aprovechados por el juglar llegaron á ser la forma general de la poesía popular. Juzgo que conservaron, en la variedad de asuntos en que se emplearon los romances, los caracteres propios de la poesía popular heróica, hasta el siglo XIV. Lo que sucedió en el siglo XIV, y explicaré en otro estudio, fué que el romance se generalizó, sirviendo, sin dejar de ser la forma predilecta del pueblo, á los semidoctos, y después á los eruditos, y, por último, á los poetas de Corte y Universidad. Las causas fueron la influencia de los ciclos épicos de la poesía francesa, que no se deja sentir en nuestra literatura antes de los calamitosos días de D. Pedro y D. Enrique, y las sucesivas influencias de la literatura en los siglos XV y XVI. La clasificación de los romances intentada por Duran, Huber, Ticknor, Wolf y Amador de los Ríos bajo sus aspectos cronológico, literario, etc., justifica que en efecto sufrieron la suerte que cabe siempre á la poesía oral,

remozándose ó vistiéndose á la antigua, segun los gustos reinantes, y al pasar desde las inspiraciones religiosas á las caballerescas, moriscas y pastoriles cayendo despues en los romances de burlas, de guapezas y desafueros, de dislates y germanías, reflejaban siempre ese carácter de forma universal y popular de la poesía española.

Así como precedieron á los cantares de gesta, se originaron tambien de los cantares, como de las crónicas, como de todo lo que vivió y convidaba á la inspiracion en la cultura española, pasando por varias formas métricas, hasta fijarse en el octosilabo asonantado, por las mudanzas propias de la música popular.

Antes de hacer punto por hoy, creo necesario recordar á mis lectores que la balumba de cuestiones estéticas, críticas, filológicas é históricas que han ido sucediéndose en estos apuntes están planteadas y resueltas en el libro de Milá, sin que falle en punto alguno la erudicion, la madurez de juicio, la noble sinceridad del que busca la verdad al través de las tinieblas de la historia y de las espinosas malezas de la crítica literaria. Discreto, ingenioso, sereno en el juicio, apasionado sólo de lo verdadero y de lo bello, el autor ha conquistado nuevo y valioso lauro con los Estudios sobre la poesía heróico-popular. En mi sentir, es uno de aquellos libros magistrales á los que se acude necesariamente cuando se quiere conocer un asunto. El que abrigue deseos de educar su inteligencia con severas investigaciones y reanimar su espíritu con el santo amor de la patria (único remedio y preservativo de los males y de las miserias de hoy), acuda al libro del eminente profesor de la Universidad de Barcelona, y seguro estoy que me agradecerá el anuncio que me ha ocupado y el consejo que doy al terminar esta nota bibliográfica.

F. DE P. CANALEJAS.

3 de Setiembre de 1876.

## EL AUTOMATISMO INTELECTUAL Y LA LOCURA.

En nuestros dias es un principio universalmente admitido que el trabajo intelectual coincide con fenómenos de orden puramente físico. No se trata de una simple hipótesis, sino de la comprobacion directa de un hecho.

Esta correlacion íntima que, á decir verdad, nunca ha sido desmentida, no prejuzga nada en la naturaleza íntima del principio inmaterial. En efecto, si admitimos con Platon que el hombre es una inteligencia servida por órganos, ó, para traducir más exactamente su lenguaje, un espíritu que se sirve

de un cuerpo, nos veremos obligados á reconocer que las operaciones del espíritu deben ir acompañadas por modificaciones correspondientes en el estado de los órganos que le obedecen.

Si la fisiología hubiera dicho su última palabra sobre el mecanismo de las funciones cerebrales, si conociéramos á fondo la física y la química del pensamiento, podríamos formular con cierta precision las condiciones necesarias á la realizacion del trabajo intelectual; pero estamos muy léjos de ese ideal.

Lo que sabemos es que el encéfalo es una reunion muy compleja de elementos diversos, que se compone especialmente de ganglios destinados á condensar las impresiones sensoriales y las fuentes de movimiento, y de órganos dotados de propiedades más elevadas, los hemisferios cerebrales que parecen ser el asiento exclusivo de los actos conscientes de la inteligencia. En esos hemisferios es donde, durante el periodo de actividad cerebral, durante el aflujo de la sangre y la turgescencia de la pulpa nerviosa, se elaboran los fenómenos de orden superior que constituyen en su conjunto lo que llamamos *el pensamiento*, y que coinciden con reacciones químicas muy análogas á las combustiones.

Pero, si existe una region especialmente encargada de este trabajo, si existen realmente órganos del pensamiento, esta no es una razon para caer en el materialismo grosero de Cabanis, ni para decir con él que el cerebro digiere las impresiones como el estómago digiere los alimentos; que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis. Tanto valdría decir que los músculos segre-gan la contraccion muscular (1).

Es incontestable que el trabajo cerebral, semejante bajo este punto de vista al trabajo manual, va acompañado de una notable pérdida de sustancia. Sin hablar del cansancio físico que resulta de los esfuerzos intelectuales y del descanso que necesitan, es evidente que el exceso de urea y de fosfatos en la orina coincide con un proceso de desasimilacion y de oxidacion. Hé aqui, pues, la *secrecion cerebral*, si es absolutamente preciso que tengamos una; pero, ¿no es más sencillo y más racional ver en esto los residuos de una combustion orgánica que corresponde, como en mecánica, á la suma de trabajo efectuado?

Se ha dicho frecuentemente con razon que la urea representa las cenizas de la economía. Esta feliz expresion de Chaptal, tomada y comentada por

(1) Es evidente que la expresion empleada aquí por Cabanis no traduce bien su idea; pero sin querer atribuirle exageraciones tan poco dignas de un fisiólogo como de un filósofo, se puede censurarle con justicia un lenguaje que naturalmente suministra armas á los enemigos de la ciencia contemporánea.

Chalvet, caracteriza con mucha exactitud las transformaciones que se realizan en el seno del organismo; pero, ¿quién soñaría jamás en confundir los residuos de la combustión de un hogar con el calor y la luz que de él emanan? Sería una aberración bien extraña confundir con las cenizas del hogar intelectual el pensamiento mismo que es el rayo divino.

Permanezcamos, pues, en nuestro terreno y no tratemos de salir de él. Dejemos á los moralistas y á los filósofos definir el pensamiento bajo sus puntos de vista; lo harán con más autoridad que nosotros, y por otra parte no tenemos el menor deseo de invadir su dominio.

Para el fisiólogo, en efecto, se trata ménos de penetrar la esencia misma del pensamiento que de apreciar las condiciones físicas que presiden á sus manifestaciones y sus relaciones con el mundo exterior. Sabemos que por algunos de sus caracteres más importantes el pensamiento se rodea de fuerzas generales que reaccionan la materia; sabemos que aparece en ciertas condiciones claramente determinadas, que exige una pérdida de sustancia para realizar su trabajo, y sabemos que cuando no existe en estado latente se manifiesta al exterior por movimientos.

Pero hay una cuestión de importancia capital, bajo el punto de vista que nos ocupa. ¿Puede ser inconsciente el pensamiento? ¿puede estar latente para uno mismo el trabajo cerebral como lo está frecuentemente para los que le rodean? No dudamos en contestar afirmativamente. Pero es indispensable entrar aquí en algunos desenvolvimientos.

Descartes, cuyo poderoso genio presentía muchas verdades que no debían ser demostradas sino mucho tiempo despues, había formulado en todo su rigor la teoría del automatismo tal como la concebimos hoy. Para el gran filósofo los animales inferiores, separados del hombre por un abismo profundo, aparecen como simples máquinas que obedecen los impulsos que reciben y traducen en movimientos regulares, perfectamente adaptados á la conservación del individuo, las impresiones sensoriales que les llegan del exterior.

Sabemos hoy, con toda la certeza que da la experimentación científica, cuán grande es la parte de verdad que encierra esa atrevida idea. El automatismo que, según Descartes, desempeña una misión tan importante, aparece como la ley general que domina la mayor parte de las manifestaciones exteriores de la vida; y lejos de restringir la aplicación á los grados inferiores de la animalidad, sabemos hoy que ni aún el hombre forma excepción de la regla.

Desde que el descubrimiento de las acciones reflejas nos ha entregado el mecanismo de esos fenómenos tan singulares en apariencia, tan sencillos en realidad, sabemos que si la vista de un objeto

amenazador nos hace retroceder involuntariamente, si ruidos inesperados nos hacen temblar, si la marcha no es más que una operación puramente automática, en la cual sólo interviene la voluntad para empezar el movimiento ó suspenderlo; sabemos, repito, que todos esos fenómenos se explican por la estructura de los centros nerviosos y por las propiedades de ciertos grupos especiales de células que gozan del privilegio de transformar las sensaciones en movimientos.

Así, pues, el pensamiento tiene siempre á su alcance, y por decirlo así en su vecindad inmediata, un servidor fiel dispuesto á ejecutar sus órdenes y en caso de necesidad á reemplazarle; y lejos de afectar á su dignidad, ese dualismo orgánico sirve para quitarle las trabas corporales y dejarle toda la libertad necesaria para realizar sus operaciones más elevadas.

Un escritor no ménos ingenioso que profundo, que por una especie de intuición había adivinado esta organización en partida doble de la inteligencia humana mucho ántes que los fisiólogos hubieran demostrado su existencia, se ha divertido en describir los hechos de un cuerpo abandonado por su alma y entregado á la dirección de lo que llama su *animal*. Le ve andar con gravedad, saludar con gracia, hablar y callarse con oportunidad, y recorrer con éxito su camino en el mundo, de tal modo que el alma, al regreso de sus viajes, se sorprende de verse alojada en el *animal* de un gran señor.

Sin querer llevar hasta sus últimas consecuencias la ingeniosa humorada de Xavier de Maistre, se puede reconocer con él que pueden realizarse, sin el auxilio de la voluntad y aún sin darse cuenta, actos perfectamente espontáneos en apariencia.

¿Hasta qué punto participa el cerebro mismo de este automatismo? Mucho más de lo que á primera vista podemos creer. Para convencernos de ello basta evocar nuestros propios recuerdos. ¿Somos dueños de dirigir á nuestro gusto el curso de nuestras reflexiones? ¿Podemos desechar cuando queremos ideas que nos persiguen? ¿Podemos hacer reaparecer en el momento que lo deseamos las nociones inscritas en nuestra memoria? Apelo á todos los que han sufrido exámenes y que en presencia de un juez severo han visto su inteligencia pasar en un momento al estado de una hoja de papel blanco.

Pero tenemos que ir más lejos; no solamente la actividad cerebral no es siempre voluntaria, sino que frecuentemente es inconsciente. Yo no pretendo explicar este misterio; quiero solamente recordar algunos hechos muy conocidos.

Cuando en medio de una conversación animada intentamos recordar un nombre ó un hecho, no conseguimos nuestro objeto hasta bastante tiempo despues y cuando ya no pensamos en ello. En nuestro cerebro se opera en este caso un trabajo incons-

ciente, y sin ninguna intervencion de la voluntad entramos en posesion de la idea que habíamos perdido y que no recuperamos cuando queríamos.

Por un trabajo de este género, una leccion que aprendemos imperfectamente por la noche, se encuentra grabada en nuestra memoria al despertar; el espíritu ha trabajado durante el sueño del cuerpo, pero no tenemos conciencia de sus esfuerzos.

En un orden de ideas más elevado, los pensadores, que durante un largo espacio de tiempo han fijado su atencion en un problema difícil, se han visto sorprendidos por una idea que estalla súbitamente como una revelacion inesperada y que les da la solucion que en vano habían buscado ántes. Así es como, segun la leyenda, Newton llegó á varios de sus descubrimientos; pero si tuviéramos que citar ejemplos más auténticos, sólo tendríamos que elegir entre miles. Me limitaré, pues, á recordar aquí una observacion muy interesante que tomo á Carpenter.

Un matemático había buscado mucho tiempo la solucion de un problema geométrico sin poder encontrarla; hasta había construido una figura que respondía próximamente á los datos de la cuestion sin satisfacer por completo. Algunos años despues, en el momento de acostarse, despues de un dia de mucho trabajo, y cuando ménos se acordaba del problema, vió aparecer súbitamente la solucion tan buscada bajo la forma de una figura perfectamente exacta, y esta aparicion inesperada le llenó de terror profundo; parecia que un sér sobrehumano se había presentado delante de él para llevarle una revelacion que su inteligencia no había podido alcanzar por sus propias fuerzas.

Hé aquí sin duda alguna un caso bien auténtico de *cerebracion inconsciente* (1) para servirnos de la expresion de Carpenter, y en este sentido interpretariamos de buena gana la célebre definicion de Buffon: «El genio no es más que una larga paciencia.» Frecuentemente, en efecto, lo que se llama *la inspiracion del genio* no es más que la conclusion, largo tiempo esperada, de un trabajo subterráneo que se prosigue oscuramente en las profundidades de la inteligencia.

Sin salir de los límites del estado fisiológico, los sueños nos ofrecen tambien un ejemplo del trabajo involuntario del espíritu. Una serie de ideas más ó ménos lógicamente encadenadas, pero sobre las cuales no podemos ejercer ninguna influencia, se desarrolla ante nosotros y las consecuencias de este estado se prolongan muchas veces despues del sue-

(1) Aunque la idea de la cerebracion inconsciente sea del todo contraria á las doctrinas filosóficas de Descartes, la verdad es que se desprende muy lógicamente del principio del automatismo que tan claramente ha formulado. No es la primera vez que un filósofo, suministra armas contra si mismo.

ño; alguna vez terminan por actos insensatos ó criminales. Sabida es la historia lamentable de aquel aldeano que, al salir de un mal sueño, mató á su mujer de un hachazo, tomándola por uno de los asesinos que le habían perseguido en sueño. Por fortuna los hechos de este género no son frecuentes; pero nada es más comun que ver las ideas en un sueño prolongarse durante algun tiempo despues de despertar, y hay personas que confunden los acontecimientos de la vida real con los imaginarios del sueño.

Pero si salimos de los límites de la fisiología para entrar en el dominio de la patología, se presenta á nosotros el sonambulismo como la realizacion más completa del automatismo de Descartes. Segun el testimonio unánime de todos los autores, el sonámbulo parece haber perdido por completo la conciencia de sus actos, lo cual no le impide entregarse con regularidad á sus operaciones ordinarias, y hasta desempeñar con buen resultado trabajos intelectuales. El criado de Gassendi servía á la mesa durante sus accesos; y Condillac, que era sonámbulo, ha escrito en ese estado algunas de sus mejores páginas, lo cual parece demostrar que, á ejemplo de M. Jourdain, se puede hacer metafísica sin saberlo.

En un caso muy notable que M. Mesnet ha dado á conocer recientemente, se podía modificar las ideas del sonámbulo presentándole un objeto cualquiera. Si se le ponía una pluma en la mano se sentaba y empezaba á escribir una carta; si se le daba un papel cualquiera enrollado, lo tomaba por un papel de música y se ponía á cantar una romanza; cada objeto nuevo parecia que le despertaba una nueva serie de ideas; era como una especie de juguete del mundo exterior, sin poder obrar en contra de las impresiones que recibía del exterior.

Acabo de demostrar que en el hombre sano, lo mismo que en el enfermo, el pensamiento se sustrae frecuentemente al imperio de la voluntad y hasta á la consciencia.

Sin querer deducir la identidad de estos estados cerebrales con la locura, los consideramos muy cercanos á la enajenacion mental. El loco es un hombre que sueña con los ojos abiertos; es extraño á la realidad de las cosas, extraño á sí mismo; está enajenado. Ha perdido, en definitiva, su libertad moral, porque, semejante al hombre perseguido por un sueño, es incapaz de convocar la asamblea general de sus facultades intelectuales para deliberar sobre las impresiones que recibe; y hé aquí por qué, hasta cierto punto, ha dejado de ser responsable de sus acciones ante la sociedad (1).

(1) «Mientras más estudio á los locos, más profunda es mi conviccion de que hay que buscar el punto de partida de todos los delirios en el ejercicio involuntario de las facultades.» (Baillarger, *La theorie de l'automatisme, etudiee dans le manuscrit d'un monomaniacque.*)

No olvidamos que el trastorno intelectual puede coexistir con las más altas facultades del espíritu, y que hombres superiores en plena posesión de sus altas capacidades han podido ser convencidos de enajenación mental. Es humillante para la razón humana pensar que en el momento en que J. J. Rousseau escribía las páginas más elocuentes de sus *Confesiones* estaba completamente loco; tenemos, sin embargo, la prueba escrita y firmada de su mano (1). Es muy importante penetrarse de este principio que se aparta notablemente de las ideas que se profesan generalmente aun entre los hombres más instruidos; y en la práctica encontrareis á cada instante la ocasión de aplicar las consecuencias.

Pero no es esto todo: si existe una relación de subordinación entre el pensamiento y el movimiento, no es dudoso que los órganos del movimiento influyen á su vez sobre las operaciones de la inteligencia.

En las personas expuestas algun tiempo á afecciones convulsivas, se ve algunas veces la excitación, habitualmente localizada en los centros motores, trasladarse bruscamente á los centros intelectuales. Estos son los que se llaman *estados convulsivos de la inteligencia*; la epilepsia nos suministra muchos ejemplos, y yo he sido testigo de un caso muy curioso de este género en la sala de M. Moreau, de Tours.

Una joven de diez y siete años sufría una contracción hemipléjica de las más acentuadas; mientras persistía este estado espasmódico, la joven gozaba de toda la plenitud de su inteligencia; pero en ciertos momentos recobraba toda la libertad de sus miembros, y entonces experimentaba un delirio espantoso y corría por todos los pasillos del hospital intentando escalar los muros del jardín para tomar la huida.

Howe, á quien cita Carpenter, refiere un hecho análogo en estos términos:

«Un joven idiota encerrado en el asilo de locos de Boston padecía violentos accesos de cólera; para calmarlo se había adoptado el partido de obligarle todos los días á un trabajo fatigoso. Se le hizo ser rar maderera durante varias horas del día; prestóse de buena voluntad á este trabajo, y desde este momento cesaron sus paroxismos de furor en los días de trabajo, pero continuaron los domingos. Comprendióse que se le debía hacer trabajar también los días festivos, y el resultado fué que el enfermo quedó tan tranquilo como los pensionistas más sosegados del establecimiento.»

Los hechos de este género que constituyen una clase aparte en la historia de las enfermedades mentales, parecen esclarecidos hasta cierto punto por recientes trabajos.

(1) *Dialogos* de J. J. Rousseau.

En efecto, experimentos demasiado conocidos para que yo los recuerde aquí, parecen demostrar que aun en las capas corticales existen centros de movimiento; y la histología está en esto de acuerdo con la experimentación fisiológica; porque, al lado de las células más pequeñas que se encuentran en gran número en el seno de la sustancia cortical, existen otras, mucho menos numerosas y de superior dimensión, que se parecen, en la forma y en el volumen, á las células notables que rodean las capas anteriores de la sustancia gris de la médula espinal; y así como sabemos hoy que estas células espinales son órganos especialmente consagrados á los movimientos, la analogía nos autoriza á suponer que sucede lo mismo en sus congéneres de la sustancia cerebral.

Si he conseguido dar una idea exacta de la alienación mental, bosquejada á grandes rasgos, el lector comprenderá que los estados que se describen en las obras clásicas con los nombres de *lipemania*, *mania* y *monomania* no son en el fondo más que impresiones sintomáticas de un trastorno general de la inteligencia y no constituyen enfermedades aparte. Parece, en efecto, bien demostrado que una forma especial de aberración intelectual no corresponde siempre á una lesión determinada.

Tomemos por ejemplo la parálisis general, cuyas alteraciones anatómicas ofrecen un tipo casi constante; sabemos hoy que lejos de estar siempre caracterizada como se ereía en tiempo de Bayle por el delirio de las grandezas, puede coincidir con la lipemania, con la monomanía, con la excitación maniática, con la hipocondría y hasta con la demencia. Hé aquí, pues, una lesión anatómica casi constante que se traduce al exterior por fenómenos intelectuales esencialmente diversos. ¿Qué pensar, pues, de los patólogos que creen poder poner el dedo sobre la lesión característica de la monomanía?

Se concibe, por otra parte, que es perfectamente posible que los trastornos intelectuales no dejen detrás de sí huella apreciable. Una excitación morbosa determinada hace desviar las funciones cerebrales; pero una vez desaparecida la excitación no quedan lesiones visibles.

Colóquese una brújula cerca de un trozo de hierro y se verá desviar la aguja; pero el examen más atento no hará observar ninguna alteración física en esa pequeña barra de acero.

Pero, ¿por qué hemos de entretenernos en comparaciones vagas cuando la ciencia nos permite articular hechos precisos?

Los experimentos de Haller, confirmados por Helmholtz, han demostrado que la velocidad del fluido nervioso es próximamente de 33 metros por segundo; es, por otra parte, menos considerable en

los centros de inervacion, y sobre todo en la sustancia gris.

Se ha ido más léjos, y gracias á experimentos muy ingeniosos, Donders (1) ha podido medir la velocidad del pensamiento, velocidad que es menor que la del flúido nervioso, la cual á su vez es infinitamente menor que la de la luz y la electricidad.

Pero esta misma velocidad no es constante; varía segun los individuos y segun las condiciones del experimento. ¿Quién sabe si en los casos patológicos no existe un trastorno profundo bajo este punto de vista? ¿Quién sabe si esta lentitud del pensamiento no produce en ciertos enfermos una alteracion marcada de la inteligencia, determinando ciertos síntomas de la locura? Quizá se podrían relacionar con esto ciertos casos de melancolía con estupor.

La lentitud de que hablo se ha demostrado con relacion á los nervios periféricos, ya despues de una estenuacion determinada por el cansancio, ya despues de una fuerte aplicacion de electricidad.

Por lo demas, en el estado normal se producen fenómenos análogos; todos los que se entregan al trabajo cerebral pueden referirse á su propia experiencia; el espíritu no obedece las órdenes de la voluntad; unas veces la inteligencia es tardía y rehusa avanzar, y otras, por el contrario, se desboca y no se la puede contener.

Existen además alteraciones del sistema nervioso que reconocen causas físicas perfectamente apreciables, y en las cuales la histología no revela ninguna alteracion de estructura. Así es como el envenenamiento por el curaro destruye las propiedades de los nervios motores; hé aquí una lesion perfectamente física, pero que no puede ser desmostrada más que por la exploracion galvánica.

Permitaseme señalar otro ejemplo, en un sentido enteramente opuesto. El tétanos excita en grado muy marcado las funciones de la médula espinal y determina convulsiones que producen la muerte; y, sin embargo, las lesiones características del tétanos no se han encontrado todavía.

¿No podría haber en ciertos casos un *tétanos de la inteligencia*, es decir, una excitacion de violencia horrible sobre los centros intelectuales, excitacion

(1) Los experimentos de Donders, de los cuales sólo podemos citar aquí el dato fundamental, consisten esencialmente en hacer notar, por un observador inteligente, el momento preciso en que se opera la percepcion de un sonido, de un color ó de un contacto, en condiciones que implican el ejercicio de un juicio.—Se está prevenido, por ejemplo, de que va á aparecer una luz encarnada ó blanca; se indica por un movimiento rápido cuál de los dos colores se ha visto.—Se está prevenido de que se va á oír una de varias sílabas; se repite la sílaba pronunciada inmediatamente despues de haberla oído.—Con ayuda de un diapason que vibra 261 veces por segundo, se aprecia el intervalo que pasa entre la percepcion y el juicio; este intervalo, que varía notablemente de un individuo á otro, es ménos considerable en las impresiones táctiles que en las impresiones auditivas, y ménos en estas que en las visuales.—C. F. Donders, *La vitesse des actes psychiques*.

que no se conoce despues de la muerte por ninguna lesion constante?

Por lo demas, si fuera el médico á observar despues de la muerte las huellas de alteraciones fugitivas, la deplorable costumbre de no practicar las autopsias hasta veinticuatro horas despues de la muerte bastará para anular todas las probabilidades favorables en este punto.

Reasumamos. Sería un error absoluto, en el estado actual de la ciencia, hablar de la locura como de una enfermedad sin lesiones ó *sine materia*. Pero sería igualmente erróneo querer encontrar una lesion especial para cada forma de delirio, en vez de considerar estos desórdenes intelectuales como la expresion sintomática de un gran número de estados diversos. ¿No sabemos, por ejemplo, que existe una locura simpática que responde á los trastornos viscerales mejor localizados, y que en un solo órgano puede revestir todas las formas conocidas de la alienacion mental?

Por otra parte, es cierto que causas diametralmente opuestas pueden determinar los mismos efectos: la anemia y la hiperemia cerebrales producen ambas fenómenos de excitacion y de colapso. Hé aquí una aplicacion de la ley general, segun la cual los tejidos, al aproximarse la muerte, presentan una exageracion notable de todas sus propiedades. Córtese un nervio mixto y se hará más excitable al nivel de la seccion; despues, si la extremidad del nervio va á morir, esta excitabilidad se trasporta de las partes periféricas hasta las últimas extremidades del tronco nervioso; cuando ya está muerto el tronco, los músculos correspondientes se hacen irritables á su vez, ántes de morir ellos también. Se comprende así cómo la privacion de la sangre puede excitar los centros nerviosos lo mismo que un aflujo exagerado.

Léjos de nosotros el pensamiento de combatir la aplicacion de los estudios anatomo-patológicos á las enfermedades mentales; solamente hemos querido demostrar que es preciso tratar la locura como una lesion de conjunto, y no considerar las diferentes formas de delirio como enfermedades especiales y aparte.

Reconocemos, por el contrario, como especies distintas todas las formas de alienacion mental que se relacionan con una causa especial ó con una lesion determinada; tales son la parálisis general, la locura epiléptica, la locura histérica, las locuras tóxicas, la demencia senil y todas las demas afecciones delirantes que responden á estas condiciones.

Hay, pues, que separar muy claramente la patologia general de la patologia especial.

B. BALL.

(Revue scientifique).

## LOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS Y RELIGIOSOS DE DON FRANCISCO GINER.

### I.

Es de la situación que en España atravesamos, la vertiginosa carrera hacia un ideal remoto, tan presentado como aspirado por todos los pensadores. Cuando en las esferas de la vida real falta ambiente al corazón más mezquino; cuando sólo intereses bastardos del momento llegan á mover las masas y enamorar las muchedumbres, parece como que toda la actividad del pensamiento general se refugia en el sagrado de contados investigadores.

Hoy en nuestra patria se realiza ese fenómeno. La devorante energía, la febril movilidad política pasada, han hecho campo entre la generalidad de los hombres al hastío ó al cansancio. Sueñan todavía muchos, obran pocos, esperan más todos en los errores del contrario que en el propio esfuerzo, y refúgiense perseguidos por el pesar ó por el remordimiento en las serenas esferas de la ciencia.

Allí chocan como en inquebrantables pilares con los pocos hombres que desde antiguo entre nosotros seguían, atenta la mirada, los progresos de nuestra madre tierra; toman en ellos fuerza y verdad bastante á dulcificar sus dolores de la existencia, y vuelven entonces á derramar por la sociedad entera el consuelo del saber puro, como rocío bienhechor sobre campiñas desoladas.

Y uno de esos contados pensadores, uno de los pocos hombres que entre nosotros pueden ser fuente de consuelo en la presente desdicha, es el autor del libro que juzgamos, mejor dicho, que admiramos en este artículo. Sin pretensiones de criticarle, sin fondo ni forma para lograrlo aunque lo intentáramos, sentimos, vemos, sin embargo, en el fin último que por su publicación se logra, un bien real que aplaudir y propagar á una. Justo era que los catedráticos separados de la Universidad de Madrid, por la rectitud de su conciencia, diesen así prueba de la fecundidad de sus ocios.

### II.

Inicia D. Francisco Giner sus estudios por la investigación del carácter del verdadero espíritu científico, como base y fundamento únicos posibles de todo ulterior desarrollo provechoso. Era ciertamente necesario y es sobremanera conveniente acostumbrar, desde los albores de un concienzudo trabajo, á prestar fe y confianza á las conclusiones que de su contexto más adelante se desprendan: la duda, la sencilla vacilación en la importancia que deba darse al emprendido sendero, destruyen en el ánimo vulgar, aun erudito, la trascendencia de sus

resultados. Si para nosotros es la propagación de la verdad vital asunto para la sociedad en que vivimos, hemos de procurar asegurarnos siempre de la firmeza de la base científica en la conciencia de nuestros lectores: esto sin duda ha querido hacer el autor, y esto ha continuado realizando con su tercer capítulo «Clasificación de las ciencias», para que el orden y el método concurren á la solidez del conjunto. Ambos trabajos son dignos de su pluma: compendian y exponen el estado actual de ambas cuestiones entre las más afortunadas naciones que de ellas se ocupan, y dejan al alcance de todos descubierta la tranquila arena de la discusión científica. Léanse, y de cierto no se creará momento perdido el que se les consagre.

Siguen á entrambos estudios unos «Apuntes para un programa de doctrina de la Ciencia,» plan de las conferencias libres que por varios años ha profesado el Sr. Giner en la Universidad Central, encaminadas «más á nuestra cultura general que al verdadero progreso científico,» dice el autor; afirmación modesta, pero á nuestro entender errónea, porque tanto es progreso para la ciencia el de su contenido como el de su extensión por las esferas sociales. Trabajo este incompleto, quizás más por falta de apoyo extraño que por flaqueza del Sr. Giner, llena no obstante su cometido y hace pensar en la pérdida que por su silencio hemos experimentado.

Por último, unas profundas observaciones sobre el presente de «la Iglesia española,» y un corto resumen de la tendencia general de la verdadera religión en nuestros días, simbolizada por los viejos católicos y los protestantes unitarios, cierran el volumen de que nos ocupamos. Conocido el principio, no es difícil augurar el tono que campeará en ambos escritos, si bien parece descubrirse un tanto de parsimonia ó de cuidado en ellos, tal vez por no herir arraigadas preocupaciones.

Si ese es el ánimo del Sr. Giner, aplaudimos la intención, pero deploramos el resultado inevitable: á las epidemias no se las puede ceder cortesía.

Algo debiéramos decir del estilo del Sr. Giner: parécenos que habrá de modificarse un tanto cuando no sea ya necesario vestir *de uniforme* ciertas escuelas, y que su claro talento pretenderá cada día con más empeño hacerse comprensible del vulgo, si ha de ser por completo saboreado.

### III.

Entre los fragmentos y opúsculos traducidos por el Sr. Giner y con sus estudios propios publicados, figuran la «Introducción á las bases para un sistema filosófico de la matemática,» y un trabajo «Sobre la base científica, corrección y refundición de la matemática,» ambos de Krause y directamente tomados del alemán.

Nada diremos de su importancia: es achaque de matemáticos despreciar las ciencias del espíritu, por recibida preocupacion á veces, por hipócrita pereza en otras, y bien era que se les demostrase por pensador tan ilustre que sin fundamento y sin principio filosófico jamás serían verdadera ciencia los conocimientos del número y de la cantidad.

De ellos deduce y explica el tiempo y el espacio, esos dos misterios para las anteriores humanidades nuestras, tan claros hoy á nuestro juicio, no obstante el infinito que se revela por ellos á la atónita mirada. Tal vez desde Krause hasta nosotros se ha explicado, se ha desarrollado un tanto más el conocimiento de ambos principios; pero esto no obsta para que deba agradecerse al Sr. Giner su traducción esmerada: sería lo cuando mucho para que hubiese condensado en notas propias esos sucesivos desarrollos, que no por eso atentaba á la gloria ni á la reputacion del maestro.

Pero el verdadero interesante trabajo en los «Estudios» comprendido, tanto más interesante hoy por la crudeza de la lucha que nos rodea, es el del baron Leonhardi sobre «Religion y Ciencia,» ó «documentos para servir á su mutua inteligencia.»

Arrastrados por la necesidad de nuestra conciencia, más de una vez hemos llegado á sobrepujar lo justo en la defensa que de la libertad religiosa hacíamos donde quiera que nuestra voz era oída ó quedaba á nuestra pluma campo; pero no creemos haber negado nunca la importancia capital de la fe para el alma humana, ni la imperiosa precision en que vivimos de armonizarla con la razon. El opúsculo del baron Leonhardi es la más elocuente y completa demostracion posible de nuestro punto particular de vista, y es sólo doloroso para nosotros que quien, como el Sr. Giner, conoce y admira al abogado, no acepte la defensa.

No entienda el Sr. Giner que por esto le censuramos: ya sabemos que para arrostrar el ridículo se necesita un especial temple en el ánimo, una como enfermedad de misantropía, que no podemos querer padezcan todos los pensadores, y tanto ridículo hay hoy en declararse creyente, siquiera fuese como Flammarion ó D. Fernando Castro, cual en decirse desligado de toda traba social y moral. Los interesados en la obediencia son aún los más astutos, y los que debieran resistir malgastan en luchas intestinas su actividad poderosa. Día llegará en que se conozcan, se unan y triunfen: para entónces el perdon y el remordimiento.

#### IV.

Porque es indudable que la ciencia sola no llena las aspiraciones del alma humana, y que la ciencia como sistema absoluto de verdades ciertas no realizará jamás su contenido infinito. Algo más que

ella, algo distinto, algo más puro por no tocado, más íntimo por más oscuro, se realiza en la fe, y sólo en su comun concurso, en su fraternal inteligencia mutua, puede descansar la frente nuestro porvenir.

A este fin deben tender todos nuestros esfuerzos. «¡Feliz el hombre, feliz la humanidad que han llegado á esa armonía del corazón y la inteligencia, de la religion y la vida,» dijo Krause; y, sin embargo, muchos de sus discípulos se esfuerzan por oscurecer el camino que á tan elevada ventura pudiera conducirnos. Si por azar algun rumor se levanta, y desde una comunión religiosa se les invita á propagar su ciencia en cambio de algo de fe; si en lugar de aplicarse á la absurda investigacion de la *divinidad* de un *hombre* ó de la *triplicidad* de una idea, se les llama á negar ó admitir como hipótesis posibles en sano juicio la pluralidad de mundos habitados, las sucesivas existencias de un alma, las permanentes relaciones de un pensamiento individual con los otros individuales pensamientos de toda categoría ó desarrollo, claman al escándalo ó se conducen de la locura, pero no estudian: ¡fuera indigno de su posicion en el mundo!

Y, sin embargo, esas verdades, esos presentimientos si se quiere, el progreso indefinido que es su consecuencia, dan más ámplio y elevado objeto á la necesaria fe que todas las religiones positivas conocidas. El mayor conocimiento de la historia tambien nos muestra que hemos venerado como originales veinte siglos ideas doscientos siglos ántes conocidas, ideas *permanentes*, si se nos permite la palabra, en la conciencia humana. ¡Y cuando tratamos de explicar esta permanencia, esta hasta hoy desconocida filiacion de nuestras creencias; cuando pretendemos llevar á todos los corazones el amor y la dicha en que rebosa el nuestro por la fe y en la fe que acariciamos, se nos otorga cuando mucho el honroso título de visionarios!

#### V.

No por esto desmayamos en nuestro deber. De intento he dejado para este punto uno de los trabajos del Sr. Giner, presentados en sus Estudios: el relativo al «alma de los animales.» Enclínase ya en él el autor á admitirla; pero falto de base para explicarla, llega á asimilar el vacío por su investigacion incompleta dejado en la ciencia, al del conocimiento del delirio, del ensueño, la locura, etc., sin saber que tales vacíos en realidad no existen sino entre quienes se obstinan en cerrar los ojos por no ver más que lo que por costumbre miran.

Que el hombre forma parte de la serie animal; que distinto y limitado por condiciones especiales, puede con sólo restar de sí mismo esas condiciones conocer directamente el carácter y el desarrollo

del alma irracional, es tan evidente que no podía el Sr. Giner desconocerlo; pero la generación, el sueño, la muerte, por ejemplo, exigían investigaciones y observaciones á que su genial preocupacion no se prestaba, y por eso las envuelve en las oscuridades de lo desconocido.

Duélenos que llegue hasta negar sinceridad á quienes pretenden llenar esos vacíos de la ciencia (pág. 29), cuando á nuestro juicio debiera refutarles ó admitir sus conclusiones, siquiera por no confundirse ni un instante con el hinchado escritor contemporáneo que llega á creer *adheridas* las almas animales á los restos de materia orgánica en algun caso, y que en definitiva considera como de mera curiosidad la cuestion que nos ocupa.

Para nosotros, locos ó cuerdos, creyentes ó científicos, sólo un fin es inmortal, es eterno: el amor. Donde quiera y como quiera que veamos al amor manifestarse en la vida, allí creemos descubrir una indestructible base de personalidad persistente, cada vez, poco á poco, más completa, más acentuada, más reflexiva; y al encontrarle en los animales, adoramos en una de sus formas al universo infinito, tendemos la cariñosa mirada hácia una manifestacion, aún rudimentaria, de la humanidad universal, y buscamos en el fondo de nuestra memoria un tejido oscuro, una trama olvidada de semejante dolor sufrido, para comprender mejor sus actuales sufrimientos.

De toda suerte, y perdonándonos el Sr. Giner que intentemos señalar rumbo á su próxima obra, al admirar la presente, en verdad que le envidiamos la propagacion de la verdad que con tanta fortuna realiza.

DR. HUELBS TEMPRADO.

## LOS NUEVOS INVENTOS.

### EL SPIRÓFORO.

En una de las últimas sesiones de la Academia de Medicina de Paris ha presentado M. Woillez un estudio sobre el *spiróforo*, aparato de salvamento que ha inventado para el tratamiento de la asfixia, especialmente en los ahogados y en los recién nacidos.

Este aparato, dice la *Gaceta de Medicina*, se funda en el mismo principio que el *spiróscopo* que el mismo M. Woillez presentó á la Academia el año último. «La facilidad, decía en aquella época, con que penetra el aire exterior en la profundidad de las vías respiratorias, cuando, en vez de insuflar el pulmón, se le hace dilatar primero, parece demostrar que el mejor medio de restablecer la respiracion en los asfixiados sería la aspiracion exterior practicada

sobre las paredes torácicas para obtener su dilatacion, y sobre el abdomen para hacer lo mismo en el diafragma.»

El *spiróforo* es la realizacion de esta idea. Consiste en un cilindro de zinc bastante voluminoso para recibir el cuerpo de un adulto hasta el cuello. Este cilindro, casi horizontal, está herméticamente cerrado en su parte inferior y abierto por la superior, que es por donde se introduce el cuerpo del paciente. Esta abertura superior se cierra en seguida alrededor del cuello por medio de un diafragma que deja libre la cabeza. Se aspira por medio de un fuelle el aire confinado alrededor del cuerpo. Una ventana con un cristal, abierta en el aparato por encima del esternon, permite ver y seguir los movimientos de vaiven del pecho. En cuanto se hace el vacío, se ve el tórax dilatarse y producirse los movimientos de espiracion y de inspiracion como en la respiracion normal.

M. Woillez entra despues en los detalles de los experimentos que ha hecho en su persona y en varios cadáveres. Ha demostrado que la cantidad de aire que penetra en los pulmones á cada inspiracion provocada es de cerca de un litro, de modo que se pueden introducir 12 á 14 litros de aire por minuto en las vías respiratorias. La respiracion artificial obtenida por medio de este aparato se produce segun el mismo mecanismo que la respiracion fisiológica, es decir, por el levantamiento de los lados del esternon y el descenso simultáneo del diafragma.

El uso del *spiróforo* no ofrece ningun peligro; los experimentos demuestran que no se puede temer una accion desagradable sobre la circulacion de las capilares ni la ruptura de las vesículas pulmonares.

M. Woillez examina en seguida para qué condiciones patológicas está indicado su aparato, é insiste sobre todo en la asfixia de los ahogados y de los recién nacidos. Los medios ordinarios, la insuflacion de boca á boca ó con un tubo laríngeo, son las más de las veces insuficientes ó expuestos á la ruptura de las vesículas pulmonares. El aire que se insufla está viciado de antemano ó penetra con mucha dificultad en las profundidades de las vías respiratorias del paciente. Su aparato no presenta ninguno de esos inconvenientes ó de esos peligros, y por lo tanto M. Woillez llega á las conclusiones siguientes:

1.º El *spiróforo* hace dilatar exteriormente el pecho por la elevacion del esternon hácia delante, por el levantamiento de los lados y por el descenso simultáneo del diafragma, por lo cual es muy superior á todos los medios empleados hasta el dia para hacer penetrar el aire en los pulmones en los casos de asfixia.

2.º Puede reproducir á voluntad la inspiracion y la espiracion tan frecuentemente como en estado normal.

3.º A cada inspiracion hace penetrar en las profundidades de las vías aéreas una cantidad de aire muy superior al término medio de la respiracion fisiológica.

4.º Su uso no ofrece peligro alguno, porque la penetracion del aire en los pulmones no es nunca superior á la de la presion atmosférica.

5.º Puede ser empleado el spiróforo con-éxito para combatir todos los géneros de asfixia, cualquiera que sea su causa.

## CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

LOS EDIFICIOS DE LA EXPOSICION Y LOS GASTOS HECHOS.—LOS TALLERES.—EL FRACASO DE LA EXPOSICION.—LAS NACIONES QUE HAN CONCURRIDO.—COMPARACION CON OTRAS EXPOSICIONES.—EL ELEVADOR.—EL DEPARTAMENTO DE LA INDUSTRIA.

Filadelfia 5 Agosto 1876.

Para que el lector pueda tener una idea aproximada de los edificios de la Exposicion, conviene darle á conocer los siguientes datos:

El terreno ocupado por la Exposicion mide 236 acres (1), y está cercado por una empalizada de más de tres millas de longitud. Hay 17 puertas de entrada, con molinetes, para las personas que pagan, y otras varias para los empleados, periodistas, comisionados, etc.

Los cinco principales edificios son estos: *Main Building*, destinado á la industria, que ocupa más de 21 acres, costó 1.600.000 pesos y se edificó en ocho meses. *Art Gallery*, que ocupa uno y medio acres, costó 1.500.000 pesos, y se edificó en seis meses. *Machinery Hall*, que ocupa 14 acres, costó 800.000 pesos y se edificó en diez y ocho meses. *Agricultural Hall*, que ocupa diez y un cuarto acres, costó 300.000 pesos y se edificó en cinco meses. Y *Horticultural Hall*, que ocupa uno y medio acres, costó 300.000 pesos y se edificó en nueve meses.

Además de estos edificios existen dentro del recinto otros 150, que ocupan 27 acres.

Los gastos de preparacion de terrenos, coste de mueblaje y de los edificios anexos á los cinco ya citados, importan 2.280.913 pesos, resultando por lo tanto que los Estados-Unidos han gastado en la Exposicion la suma de 6.780.913 pesos.

Los edificios propios de la Exposicion se distinguen por una bandera azul; los de los Estados-Unidos, por una roja; los extranjeros, por una blanca; los *restaurants* y sitios de recreo, por una amarilla; y los demas edificios no clasificados, por una verde. Pero esta distincion es casi nula, porque la mayor parte de los edificios están coronados de banderas de diversas naciones.

(1) Un acre da una área de 4,840 yardas cuadradas.

Al entrar en el recinto por la puerta más central, situada al Sudoeste, se encuentran á la derecha los dos edificios destinados á industria, los dos de la galería de artes y otros de menor importancia; al frente el de horticultura; y á la izquierda los de maquinaria y agricultura, el pabellon español y casi todos los demas edificios.

Sin hacer mencion de las fondas, puestos de *soda water* y otros establecimientos análogos que existen alrededor de los de la Exposicion, pueden contarse los siguientes:

Taller de máquinas, calderas americanas, calderas Corliss, calderas inglesas, exposicion de cueros y calzados, oficinas de la Comision del Centenario, Banco del Centenario, hornillos de patente, aparatos caloríficos, manufacturas de vidrio, estufas y chimeneas, máquina de aserrar, ferro-carril automático, talleres de gas, clavador motriz pólvora, herrerías, máquinas para taladrar peñas y abrir pozos, máquinas para hacer ladrillos, taller de cerrajería, máquinas de gas, molinos de cuarzo, almacenes, pozo artesiano; pabellon de mujeres, escuela de mujeres, casa de labradores de Nueva Inglaterra, como hace un siglo; prensa de te y café, exposicion de productos de mantequería, edificio de carros de labranza, exposicion de pomológica, edificio de cerveceros, casa de colmenas, compañía de guano, exposicion de flores, molinos de viento, hospital, tienda-hospital, laboratorio, planos en relieve, campamento tunecino, monumento á Cristóbal Colon, oficinas del *New-York Tribune*, de Cook, de la compañía de combustible, del *Boston Herald*, de *Frank Leslie*, del *Philadelphia Times*, de señales de los Estados Unidos, de educacion de Pensilvania, y del *New-York Herald*; monumento al obispo Allen, edificio de exposicion de periódicos, monumento á la libertad religiosa, arte fotográfico, bazar japonés, salon de jurados, compañía fotográfica del Centenario, compañía de cornisas, casa de comodidad pública, compañía de transportes, telégrafo, taller de husos, fábrica de vidrios, casa marroquí, máquinas de coser, departamento médico, casa escuela, casa de la policia, pabellones de España, el Japon, el Canadá, Inglaterra, Alemania, Brasil, Francia, Portugal, Filadelfia, Suecia, Nueva-York y diez y siete correspondientes á Estados norte-americanos.

Todos estos edificios tienen banderas y encierran algo curioso que ver. Siendo de notar que en el exterior del recinto se ha improvisado un pueblo de fondas, teatros y casas particulares, exclusivamente para vivir de la Exposicion.

Con motivo de la gran fiesta que con tanto esplendor ha querido celebrar la ciudad de Filadelfia, se han efectuado regatas, reuniones de sociedades y concursos diversos, quedando todavía para Se-

tiembre partidas internacionales de *criket*, regatas, tiro de rifle y un congreso médico, aparte de varias Exposiciones particulares.

Puede decirse que todo esto ha fracasado, y que así como no han venido bastantes expositores, ni viene tampoco bastante gente, no vendrán aficionados á distinguirse en los concursos internacionales.

Están representados en la Exposicion los siguientes países: Austria, República Argentina, Bélgica, Bolivia, Brasil, Chile, China, Dinamarca, Estados-Unidos, Ecuador, Egipto, España y sus colonias, Francia y sus colonias, Guatemala, Honduras, Italia, Inglaterra y sus colonias, Imperio Aleman, Islas Sandwich, Japon, Liberia, Méjico, Noruega, Orange, Países-Bajos, Perú, Portugal y sus colonias, Rusia, San Salvador, Siam, Suecia, Túnez, Turquía y Venezuela.

Es de notarse, que de todos los pueblos que concurren á la Exposicion, sólo tres hablan frances, seis hablan inglés y once hablan español.

Tambien es curiosa esta noticia: La Exposicion de Lóndres en 1851 costó 1.464.000 pesos fuertes, tuvo 17.000 expositores y fué visitada por 6.170.000 personas. La de Paris en 1855, tuvo 20.799 expositores y fué visitada por 4.533.464 personas. La de Lóndres, en 1862, costó 2.300.000 pesos fuertes, tuvo 26.000 expositores y fué visitada por 6.211.103 almas. La de Paris, en 1867, costó 4.596.763 pesos fuertes, tuvo 50.226 expositores y 9.300.000 visitantes. La de Viena, en 1873, ha costado 9.850.000 pesos fuertes, teniendo 70.000 expositores y 7.254.867 visitantes. La de Filadelfia, por fin, ha costado 6.780.943 pesos fuertes; se dice que tiene 60.000 expositores, y los americanos calculan que será visitada por 10.000.000 de personas. Pero teniendo en cuenta que hasta hoy sólo algunas dias ha pasado de 30.000 el número de visitantes; calculando 200.000 por semana y 900.000 por mes; supuesto que la Exposicion se abrió el 10 de Mayo y ha de cerrarse el 10 de Noviembre, no debe pasar, á nuestro juicio, de 5 ó 6 millones, que darán 3.000.000 de pesos de producto.

Las circunstancias por que atraviesa Europa, el estado de agitacion de la América latina y la crisis creciente de la América del Norte, han influido mucho en el fracaso de los planes concebidos respecto de este gran certámen, que sólo dará ganancias á las empresas de ferro-carriles, á los de las malas é insuficientes líneas urbanas de esta ciudad, á los fondistas y á los vendedores de cerveza y licores espirituosos. Es muy extraño que tratándose de un acontecimiento como el aquí se celebra, no hayan venido de Europa notabilidades de ningun género, artistas ú hombres eminentes. Llama la atencion del extranjero, y hasta le desanima, ver que fuera del recinto de la Exposicion no hay aquí ni en todo

el país nada extraordinario que admirar fuera de lo que el país tiene en sí mismo de admirable. Parece que los astros del arte, amantes de la victoria, han presentado el revés de la Exposicion y no se han dignado iluminarla con sus rayos.

El precio de entrada en el recinto de la Exposicion es de 50 centavos. La Exposicion está abierta desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Un ferro-carril de dos vías conduce á los visitantes de uno á otro de los grandes edificios por cinco centavos el asiento. Los sillones con rodadera cuestan 75 centavos por hora, con sirviente, y de 35 á 50 sin él. Las fuentes de *soda water* proporcionan un vaso de este liquido por 10 centavos. El Banco del Centenario cambia monedas, toma cartas de crédito y hace otras operaciones análogas á regular precio. Y no faltan guardaropias, telégrafos, fondas, buzones para el correo y otras comodidades. Pero faltan medios de comunicacion más frecuentes y directos, guías generales en varias lenguas, intérpretes que por módica retribucion guien al extranjero, sitios á propósito para resguardarse del excesivo calor que aquí se siente, caminos entoldados que faciliten la travesía entre tantos y tan apartados edificios, más unidad, más método y más orden en la direccion general y en la distribucion de objetos expuestos. Falta, en fin, una mano hábil que no se ha presentado todavía y algo que responda á lo que el público esperaba del gran país ensalzado por la fama como el modelo de las naciones de la tierra.

El efecto que causa la Exposicion, ántes de entrar en detalles, no es sorprendente para el hombre vulgar, pero es magnífico. La fama de este país, fama exagerada en demasía, hacía esperar cosas estupendas, obras colosales y atrevidas, maravillas del ingenio y de la audacia. Nada de esto hay, y aún puede asegurarse que los norte-americanos han quedado mal en lo que debieran quedar mejor, porque la facilidad y rapidez de las comunicaciones, la maquinaria sirviendo al visitante para ahorrarle tiempo á la vez que el orden le ahorra explicaciones, no existen aquí. Se nota inexperiencia, se observa carencia de método y únicamente pueden dispensarse á la precipitacion ciertas faltas que más adelante citaré. Pero todo esto escapa fácilmente á los espíritus poco analizadores, y el conjunto de la Exposicion ofrece un golpe de vista admirable, más admirable todavía cuando se descende á examinar los pormenores que escapan á la primera mirada.

Dentro de aquel inmenso recinto hay de todo. Allí se puede vivir durante tres meses, viendo todos los dias cosas nuevas, sin sentir la necesidad ni el deseo de escapar de tan hermosa cárcel.

Los edificios principales de la Exposicion son muy

notables por su solidez, y alguno, particularmente el de la horticultura, por su buen gusto y suntuosidad. En los pabellones construidos por diferentes países, por los particulares que han establecido fondas y cafés y por los fabricantes que exponen en ellos los productos de sus fábricas, hay de todo. Los paseos, si no estuvieran tan abandonados, contribuirían mucho á la belleza del local.

Entre las comodidades de la Exposición, deben mencionarse: la gran torre con elevador, desde la que se descubre todo el terreno ocupado por el vasto parque; los sillones de ruedas conducidos por sirvientes para que el viajero pueda recorrer todos los edificios sin andar y á poca costa, y el ferrocarril que da vuelta continuamente en derredor del parque y de los departamentos.

El primer gran edificio que se encuentra al penetrar en el recinto, es el departamento de industria. Grande, lujoso, lleno de riquezas infinitas, de los productos que el gusto de todas las naciones arroja al mercado de la necesidad y al teatro del capricho, es el punto de cita del público elegante, porque es el sitio favorecido por el bello sexo. Casi siempre hay dentro del local algun atractivo extraordinario, ya una orquesta, ya una cantante, ya la prueba de un piano ó de un órgano. Bonitas fuentes le adornan, en combinacion con aparatos que producen la célebre *soda water* de los americanos, y que son verdaderos monumentos de mármol, de cristal y de plaqué. El aspecto de las secciones de Francia, de Italia, de China, del Japon, de Alemania y de Inglaterra, es sorprendente.

Francia se lleva en todo y por todo la palma del buen gusto.

Los Estados-Unidos se han aprovechado perfectamente de sus ventajas: presentan algunas cosas buenas, pero entre buenas y malas presentan muchas: habitaciones enteras, lujosísimas, espléndidas, admirables, que sólo esperan una mano francesa que les dé *la última mano*, el toque del maestro.

ADOLFO LLANOS.

## MISCELÁNEA.

### El valor de los metales.

He aquí una curiosísima noticia sobre el valor actual de los metales en francos y por cada kilogramo:

	Francos.		Francos.
Indio.....	29.150	Plata.....	216
Vanadio.....	28.680	Cobalto.....	90
Ruthenio.....	16.060	Cadmio.....	68
Rhodio.....	8.030	Bismuto.....	42

	Francos.		Francos.
Paladio.....	7.490	Sodio.....	37,50
Uranio.....	6.610	Nickel.....	28,50
Osmio.....	3.730	Mercurio.....	17,25
Iridio.....	3.643	Antimonio.....	4,07
Oro.....	3.459	Estaño.....	3,75
Platino.....	1.322	Cobre.....	2,85
Thalio.....	1.215	Arsénico.....	1,65
Chromo.....	666	Zinc.....	1,20
Magnesio.....	533	Plomo.....	0,77
Potasio.....	264	Hierro.....	0,22

Segun el *Anuario de la oficina de longitudes*, el kilogramo de oro vale 3.444 francos 44 céntimos, y el kilogramo de plata 222 francos 22 céntimos: los precios de los dos metales están en la relacion legal de 15 1/2 á 1, y esta relacion es la base del doble tipo; pero en realidad el oro vale diez y seis veces más que la plata, que está depreciada por el descubrimiento de las ricas minas del Estado de Nevada, que han dado ocasion al establecimiento de Virginia-City, y que están agrupadas alrededor del famoso filon de Comstock. Mientras que los *placers* de la California producen ménos cada año, el rendimiento de las minas de Nevada va creciendo extraordinariamente. Todas las minas juntas de Méjico, Bolivia, Perú y Chile no llegan ni con mucho á la importancia de las de Virginia-City.

Las tres minas del globo que han suministrado más plata—la Veta-Madre, de Guanajato; la Veta-Grande, de Zacatecas, y el Potosí, de Bolivia—han dado en tres siglos, la primera 4.000 millones de francos, la segunda 3.300 millones, y la tercera 6.000 millones. El filon de la Vizcaina en Real del Monte, Méjico, ha dado 2.000 millones en el espacio de ciento diez años. Resulta que el Potosí y la Vizcaina dan un término medio al año de 20 millones, la Veta-Madre 45, y la Veta-Grande 12.

El Comstock de Nevada excede con mucho de estas cifras, porque en diez años, desde 1859 á 1869, ha producido 135 millones de piastras, ó sean 635 millones de francos. El mineral da hasta 2.000 francos por tonelada, lo que revela una ley de 1 por 100, es decir, diez veces el término medio ordinario. Las minas de Utah, que sólo se explotan desde 1870, han dado en 1874 unos 30 millones. A estas dos regiones argentíferas de los Estados-Unidos hay que agregar el Colorado, el Idaho, el Montana, el Arizona y el Nuevo-Méjico que, con la California, han producido en junto en 1874 unos 30 millones.

Resulta, pues, en 1874 un total producto de 235 millones de francos en mineral de plata; añadiendo 100 millones que representa la produccion de los Estados-Unidos en mineral de oro, se obtiene un total de 365 millones, ó sea la mitad de lo que produce el globo entero. Se comprende que semejante produccion haga bajar el precio del oro y de la plata y deprecie ésta con relacion á aquel.